Revista Greca

Rector
Javier Cajiao

Comité editorial
Coordinador: Ricardo Rodríguez Triana. Integrantes: Ailín Prado Falla, Federico Navarro Niño y Pablo Arce Guzmán.

Comité de corrección de estilo
Coordinadora: Tania Intriago Niño. Integrantes: Antonia Alejandra Ramírez Alvear, María Rueda Dávila, Rosa Pérez Suescún, Gorka Amuchastegui, Mariana Durán Carreño, Salomé Carrillo, Santiago Valderrama.

Diseño y diagramación
Javier Antonio Silva. Integrantes: Ailín Prado Falla, María Antonia Plata García.

Comité de fotografía
Coordinador: Oscar Mora. Integrantes: Violeta Medina Montoya, Mariana Echeverri Clavijo, María Salomé Carrillo Escobar, Alejandra Correal Tarazona, María Cristina Rodríguez Acosta.

Editorial

El arte es algo muy curioso, no depende únicamente de lo que el artista haya querido plasmar en su obra, sino que también de lo que logre producir en el espectador. Tomando en cuenta lo anterior, lo que puede producir una obra en alguien puede ser mucho. Como ejemplo se podría revisar la labor de las tragedias en los griegos; ellos, tras ver las obras, las discutían y como resultado se quería llegar a la *Enkrateia*, el estado de dominio propio en el que se tiene control sobre las pasiones.

La literatura es una de las muchas cosas que nos definen como humanos, como cosas que piensan y usan el conocimiento a su favor; como todos las artes, mantiene su forma única de expresión. Mientras que en la pintura la expresión se da por medio del dibujo, o en la música por el sonido, la literatura se manifiesta a través del lenguaje. Es un gran medio de expresión y usa como materia prima lo que permite que nos podamos entender unos a otros. Con ella se busca contar historias, transmitir valores y sentimientos.

Lo que busca la revista con la publicación de cuentos y otros textos es exponer el trabajo escrito de estudiantes y mostrar que la importancia de la literatura no está únicamente en quien escribe sino también en quien lee; es darle una carga más importante a lo escrito en el aula. El lector de estos deja de ser solo el maestro y se abre la posibilidad a que puedan ser muchos otros lo que lo hagan, se abre la posibilidad a que pueda tener ese tipo de influencia en los demás que solo la literatura puede lograr.

Federico Navarro

Índice

El satírico y «amargado» Bierce 7
Lorenzo Milazzo
En las entrañas del combate 11
Juanita Rueda Dávila
De la agonía y lo efímero de la muerte 16
Sofia Agudelo
Teoría del sufrimiento y pesimismo de Schopenhauer reflejada en "La muerte de Iván Ilich", escrita por León Tolstoi 20
Jerónimo Guerrero Ban
La muerte de Iván Tolstoi 23
Santiago Valderrama

Andy Kaufman: ¿da risa? 29
Juan Francisco Gutiérrez Cortés
Un juego sencillo no es un juego simple 33
Juanita Urdinola
Tinto mañanero 36
Maria Antonia Plata
Salvia divinorum 39
Rosa Pérez

Luis Alejandro Velasco 46
Fernanda Galeano
Amada esposa 48
María Rueda Dávila
Gordo, Velasco 52
Simón Díaz
La tragedia de los gallos 53
Samuel Mora
Una segunda oportunidad 54
Samuel Sánchez
Una mujer entre muchos hombres 55
Ricardo Díaz

La gente es nieve 57
Andrés Cermeño
Error número 1 60
Juan Diego Salcedo Osses
Eutanasia mental 62
Samuel Díaz Monroy

Décimo Undécimo

El satírico y «amargado» Bierce

Lorenzo Milazzo
Undécimo A

Ambrose Bierce (1842 – 1914) fue un escritor y periodista estadounidense. Conocido por sus relatos terroríficos, se le ha puesto en el pedestal de maestro del terror, junto con Edgar Allan Poe y H. P. Lovecraft. Se caracteriza por el suspenso que presentan sus relatos. Las limitadas descripciones que presentan, junto con sus comienzos abruptos y una constante falta de datos, hacen que el lector tenga que intervenir en la lectura y llenar algunos vacíos. Por otro lado, muchos de los cuentos de Bierce se veían marcados por una crítica a la sociedad o a la guerra, usando siempre un tono sutil de sarcasmo y burla sobre el contexto en el que vivía. Este factor es determinante para analizar la obra de Bierce, tanto que además de escritor y periodista, se le conoce como un satírico. Dichas actitudes llevaron a que se ganara el apodo de «*bitter* Bierce» («El amargado Bierce»). Se analizará la sátira en el trabajo de Bierce examinando los relatos «Un suceso en el puente sobre el río Owl», «Diagnóstico de muerte», «El desconocido» y la compilación de definiciones que Bierce llamó el *Diccionario del diablo*, importantísima obra satírica, no solo entre los escritos de Bierce, sino determinante también para el género mismo de la sátira.

La sátira es un género literario a través del cual se expresan indignaciones dirigidas a algo o alguien. Esto se logra mediante la burla, el humor, el sarcasmo, la ironía, el ridículo y la farsa. Aunque en un principio el objetivo de la sátira era divertir, el propósito final es atacar las realidades del contexto sobre el que se ve inmerso el autor y que busca criticar. Coronel Ramos en su texto «El tiempo satírico» expone unos puntos muy acertados y necesarios para entender la complejidad de este género. Coronel plantea tres referentes de toda sátira: el primero es que existe «una cierta tensión entre lo real y lo ideal» (Coronel, 2002, p. 87), lo que quiere decir que la realidad criticada por el autor siempre está contrastada con su ideal. Dicha realidad es propia del contexto histórico del autor, es por esto que la sátira trata en el presente. Los siguientes referentes hablan de «una marcada comicidad» y de «su tendencia a la ironía» (p. 87). Estos dos últimos refieren al estilo literario que se encuentra en la sátira y son constantes del género que van muy de la mano. Como se mencionó anteriormente, la burla y la ironía son el método mediante el cual se llega al objetivo de criticar las realidades sociales de su propio contexto. Coronel (2002) hace énfasis en la importancia del presente en la sátira ya que además de lo que ya se dijo sobre el contexto, si el lector no comparte la ironía expuesta, esta perdería su propósito en la narrativa. El presente es la realidad puesta a criticar, de donde el autor saca su «indignación satírica», contrastada con el ideal, que bien puede hacer referencia a otra época que vaya acorde a los valores del satírico, de esta forma se crea una versión degenerada del presente expuesto, que lo hace ver decadente. Esta confrontación entre el presente y el mundo ideal que plantea el autor es la parte esencial de la crítica social sobre la que se basa el género. Pero lo complejo es que, a pesar de basarse en el presente, la sátira es atemporal, ya que no trabaja con sucesos o acontecimientos,

Foto: Juanita Caicedo

sino con los valores que estos representan y que el autor busca criticar.

Para evidenciar el estilo satírico de Bierce, se estudiarán distintos trabajos del autor. «Un suceso en el puente sobre el río Owl» es comúnmente conocido como su *Magnum Opus*, junto con el *Diccionario del diablo*, del que se hablará más adelante. Este relato cuenta la muerte de Peyton Farquhar, un hombre que «soñaba con la vida de soldado y la oportunidad de destacar» (Bierce, 2002, p. 95). Lamentablemente, para él, no pudo unirse a las fuerzas militares, pero de igual forma estaba dispuesto a hacer lo que fuere por la confederación. Es por esto que cuando un hombre le informa sobre la inminente llegada de los «yanquis», Farquhar decide actuar. El hombre, que luego resulta ser del ejército contrario, lo incita a quemar el puente sobre el río Owl, ya que eso impediría el paso de los yanquis. Farquhar es tomado y colgado en el puente. Bierce hace que el lector crea que Farquhar logra escapar, y narra todo su aparatoso escape, hasta que cuando finalmente cuando llega a su casa, muere. Pero, en realidad, todo ese escape es imaginación de Farquhar que muere colgado. Bierce, siendo fiel a su estilo, divide la historia en forma de capítulos en desorden. Para analizar este relato se tomará como apoyo el ensayo de García (2018), que habla un poco sobre Bierce y sobre este relato. Como se mencionó anteriormente, Bierce —y la sátira en general— implementa sutilmente factores de su contexto histórico. Luchó en la Guerra de Secesión, y este «cuento aborda el tema bélico y aunque no versa sobre hechos históricos y concretos de la Guerra Civil de Estados Unidos, muestra el despropósito y barbarie de los conflictos armados» (García, 2018, párr. 4). Como podemos ver, Bierce no hace referencia directa a un suceso en específico, simplemente aborda el valor que quiere criticar, en este caso, el conflicto y la guerra, que son una constante en las obras de Bierce, y lo expone. Pero el componente satírico no es solo el paralelo casi explícito que se acaba de mencionar. Como ya se dijo, el elemento atemporal es también importante, y García (2018) habla de dos tiempos que se ven en este relato: el tiempo real, en el cual Farquhar es colgado del puente; y el que se podría denominar el tiempo ideal, el que se contrasta con la mórbida realidad de la muerte, donde Farquhar logra escapar de su sentencia y, a través de descabelladas maniobras, logra eludir a la muerte.

El relato está también cargado de ironía. El personaje Farquhar tiene una noción totalmente errada de lo que es la guerra, lo que lo lleva a intentar ser el protagonista de la historia, tanto cuando intenta, de forma valiente, quemar el puente, o cuando intenta escapar heroicamente. Bierce contrapone la visión de Farquhar sobre la guerra, que también puede ser una alusión a la forma en que la guerra se vende, evitando la brutal realidad, que es con la que Farquhar finalmente se encuentra. Y, finalmente, es un poco irónico y burlón que el hombre que convence a Farquhar, en un punto estratégico tan importante como lo es el puente, y que estaría totalmente descuidado y podría ser fácilmente atacado, es un militante del ejército federal.
Otro relato es el de «Diagnóstico de muerte». En este el señor Hawver le cuenta la historia al Dr. Frayley de la vez que se encontró lo que creyó ser la aparición del ya fallecido Dr. Mannering, en una casa en la que se estaba quedando. El hecho sucedió en un cuarto en el cual no había forma de que nadie entrara sin que Hawver se diera cuenta. Él continuó diciendo que eso podría haber sido una alucinación, o una aparición, pero el mismo día antes de que le contara lo sucedido al Dr. Frayley, se cruzó con el Dr Mannering en la calle, y este le alzó el dedo, cosa que hacía para anunciar un diagnóstico de muerte. El Dr. Mannering decía que era posible que una persona sana pudiese pronosticar su muerte meses antes de que ocurriese. Hawver, preocupado, le preguntó al Dr. Frayley si tenía algo que decirle, a lo que le respondió «No, Hawver; tú eres el hombre más saludable que conocí» (Bierce, 2002, p. 222). Al día siguiente, Hawver fue

hallado muerto. Aquí la crítica no se ve de forma tan explícita, pero examinando el contexto y la vida del autor, vemos que Bierce ataca a la medicina. De forma cómica e irónica, hace un macabro giro, en donde en este caso, es el doctor el que causa la muerte del paciente, en lugar de salvarlo. Bierce, como uno de los mayores exponentes de lo sobrenatural, también hace que aquel que intenta explicar de forma racional los sucesos sobrenaturales, termine muriendo por una causa igual de inexplicable, con esto también critica nuevamente a las ciencias médicas.

Como último cuento está «El desconocido». Este toma lugar en el viejo oeste. Allí, un grupo de exploradores se encuentra descansando alrededor de una fogata en la mitad del desierto de Arizona, cuando un desconocido irrumpe en la escena afirmando que dicho grupo no era el primero en pasar por ahí. Cuenta cómo hace treinta años, él y su tropa cruzaban por el desierto cuando fueron atacados por un grupo de apaches. Al intentar huir, se adentraron en una caverna sin salida, donde podían defenderse de los apaches, pero carecían de comida y agua. Entonces los indios hicieron campamentos a las afueras de la cabaña, para esperarlos. El grupo del desconocido sabía que no iban a librarse de ellos, y uno a uno, les disparó en la cabeza. El desconocido contó cómo había matado a sus compañeros hasta que fue interrumpido: « — ¿Y tú te atreviste a escapar? —gritó — . ¿Has tenido el valor de permanecer vivo? ¡Eres un perro cobarde y yo haré que te unas a ellos aunque luego me ahorquen a mí!» (Bierce, 2002, p. 146). Los demás integrantes del grupo calmaron al sujeto, pero estuvieron de acuerdo en que algo no encajaba, ya que habían encontrado cuatro cuerpos blancos en el interior de una caverna hacía años. En ese momento el desconocido repitió los nombres de los cuatro hombres, se levantó y se fue, perdiéndose en la oscuridad. Más adelante, un hombre le informó al capitán haber visto otros tres hombres en la dirección hacia la que se dirigió el desconocido, y cuando preguntó si debió haberle disparado al desconocido, este le respondió que « —Habría sido totalmente innecesario: no podría haberle matado otra vez. Duérmete» (p. 147).

En este caso Bierce critica la forma en la que se habla y se trata a los nativos de Norteamérica. En el relato se les trata como a bestias: «Los salvajes también desmontaron […]. No tomaron ninguna de sus habituales y cobardes precauciones» (p. 143); se les trata de forma denigrante. El autor hace esto para hacer explícito el trato que reciben en otros contextos más allá del conflicto. En cambio el hombre blanco, que en un principio llegó a invadir y colonizar sus tierras, es en este caso víctima de los injustificados ataques de los apaches, y finalmente tienen la valentía de quitarse la vida ellos mismos en lugar de darle el placer a esos salvajes. Bierce pone en evidencia esta injusticia hacia los nativos, y lo ridiculiza, pero lo hace de forma tan sutil, que es preciso analizar el relato para lograr entender el objetivo satírico de la historia.

García (2018) establece que hay tres tipos de historia en la escritura satírica de Bierce: «las historias de horror satíricas, las sátiras contra la guerra e historias satíricas del viejo oeste» (párr. 3). En los relatos analizados anteriormente podemos ver cada una de ellas.

Finalmente se analizarán algunos pasajes de la obra satírica por definición. *El diccionario del diablo*

Foto: Juanita Caicedo

contiene todos los elementos satíricos mencionados en este texto; es más, esta es simplemente la obra más completa y, por tanto, representativa del género satírico. Bierce critica a través de la ironía, el sarcasmo, el cinismo y el humor que tanto lo caracteriza millares de valores. A continuación se examinarán algunos. «*Océano*, s. Extensión acuática que ocupa dos tercios del mundo hecho para el hombre, que casualmente carece de branquias» (Bierce, 1881/1906, s. p.). Aquí el autor ataca la noción generalizada de la sociedad que cree que la tierra está hecha solamente para el hombre. De manera sarcástica afirma que esto es cierto, mientras que agrega que a pesar de tener un mundo hecho para él del cual dos tercios están ocupados por agua, el ser humano carece de branquias para aprovecharlo, contradiciendo la noción anterior. «*Plebiscito*, s. Votación popular para establecer la voluntad del amo» (s. p.). Esta es más evidente, pues ataca en este caso al Estado y los regímenes que controlan a la sociedad, en la que incluso lo que supone ser la voz del pueblo, el voto popular, es simplemente un mecanismo para que se haga lo que digan las clases dirigentes. «*Imbecilidad*, s. Especie de inspiración divina o fuego sagrado que anima a los detractores de este diccionario», «*Diccionario*, s. Perverso artificio literario que paraliza el crecimiento de una lengua además de quitarle soltura y elasticidad. El presente diccionario, sin embargo, es una obra útil.», «*Absurdo*, s. Declaración de fe en manifiesta contradicción con nuestra opiniones. Adj. Cada uno de los reproches que se hacen a este excelente diccionario» (s. p.). En este caso Bierce simplemente da validez a su propia obra, de forma sarcástica y narcisista, desprestigiando a sus críticos, e incluso a los diccionarios tradicionales, ya que al establecer una lista de lo que son y no son palabras, a la vez que les da significado único, anula el crecimiento del lenguaje, y le quita su versatilidad. «*Patriota*, s. El que considera superiores los intereses de la parte a los intereses del todo. Juguete de políticos e instrumento de conquistadores», «*Antiamericano*, adj. Perverso, intolerable, pagano» (s. p.). Esta es una evidente crítica a la actitud que tienen muchos, en este caso, estadounidenses —basándonos en el contexto social de Bierce—, hacia su país y hacia los demás, y en el que hay un claro complejo de superioridad, pues, por ser estadounidenses, sus intereses son más importantes que los del resto, y esto los hace fácilmente manipulables por las clases dirigentes. En el segundo caso, Bierce toma la misma posición, pero lo aborda desde el opuesto, en lugar de criticar explícitamente, lo hace a través del sarcasmo, tomando la posición de la persona que está criticando.

Esta obra es sumamente rica en elementos para abordar la crítica social de Bierce, mucho más que sus relatos o novelas. A pesar de eso, él era un escritor, además de maestro en el horror, determinante en el género satírico, y esto se puede evidenciar en todas sus obras. Aunque en unas más explícita y evidentemente que en otras, en las que es mucho más sutil, la sátira es una constante en el trabajo de vida de Bierce. Y además donde se pueden ver evidenciados los referentes planteados por Coronel (2002).

Referencias:

Bierce, A. (1881/1906). *Diccionario del diablo*. Estados Unidos: Neale Publishing.

Bierce, A. (2002). *Un habitante de Carcosa y otros relatos de terror*. Quito: Velásquez y Velásquez editores.

Coronel, M. (2002). *El tiempo satírico*. Valencia: Universitat de Valencia.

Essays, UK. (2013). Literary Techniques In An Occurrence At Owl Creek Bridge English Literature Essay. Recuperado de https://www.ukessays.com/essays/english-literature/literary-techniques-in-an-occurrence-at-owl-creek-bridge-english-literature-essay.php?vref=1

García, H. (2018). *Ambrose Bierce, El satírico norteamericano*. Recuperado de https://www.auroraboreal.net/literatura/ensayo/2199-ambrose-bierce-el-satirico-norteamericano

En las entrañas del combate

Juanita Rueda Dávila
Undécimo A

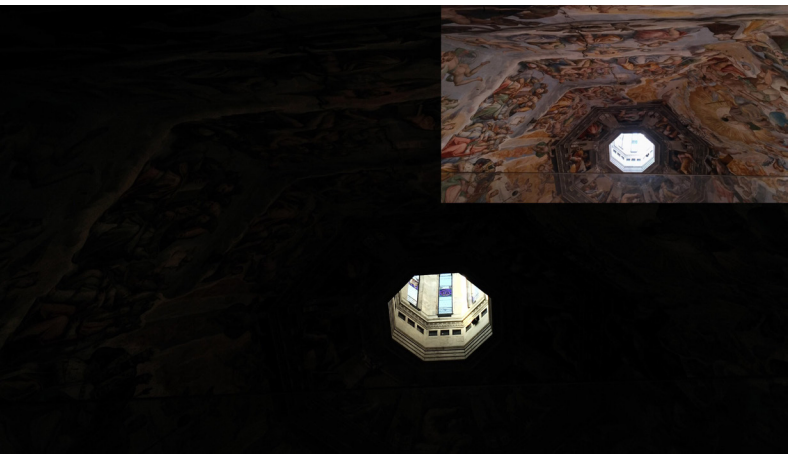
Preámbulo

Este texto pretende compilar algunas de las vivencias más frívolas del escritor Ambrose Bierce, en su relativamente breve paso por la guerra de secesión de los Estados Unidos. Se pretende acompañar este suceso histórico tan importante con algunos de los relatos más icónicos del autor. Todo esto para empezar a dar nombre al apodo que sugiere al autor como «*bitter* Bierce», es decir «amargo Bierce», que lo caracteriza como uno de los autores más fríos, triviales y satíricos de los últimos tiempos.

Contexto histórico

«La guerra se complace en venir como un ladrón en la noche; y la noche está hecha de promesas de amistad eterna» (Bierce, 1881, s. p.). Así pensaba Bierce acerca de uno de los sucesos que más remarcó dentro de la historia estadounidense. A finales del siglo XIX, Norteamérica se encontraba totalmente polarizada por dos posturas principales, abrumados por un conflicto bélico de carácter ideológico sobre la abolición de la esclavitud. El sur estadounidense, que se hacía llamar «los Estados confederados», que entre otras cosas es la zona a la que Bierce más hace referencias y era la que estaba conformada principalmente por Alabama y Carolina. Allí tenían fincas y haciendas grandes, principalmente algodoneras; por lo que vivían de la agricultura y del producto que allí conseguían, así que necesitaban esclavos para financiar su negocio. Por otro lado, el Norte, con el nombre de «la Unión», conformado por Nueva York y Boston como principales representantes, era donde estaba el Estados Unidos moderno y mucho más urbanizado. Ellos pensaban que el desarrollo real del país estaba en la igualdad y en los principios de su no tan antigua constitución, lo que claramente se veía violentado al permitir que siguiesen existiendo esclavos.

Por estas razones, el sisma que existió en el país se prestó para dar por nombre al suceso: «Guerra de Secesión» (1861 – 1865), haciendo referencia a la diferencia de ideas tan abruptas que existió, este acontecimiento además coincidió con la llegada de Lincoln a la presidencia. Los Estados Confederados, que tenían un gran ejército de su lado, trataron de hacerse con el poder del Ejecutivo; sin embargo, la Unión tomó control de las fuerzas marítimas, de manera tal que se impidió el comercio de la industria de algodón, hasta que finalmente en el 86 se firmara la rendición oficial. A la par de todo esto, hubo muchísimas guerras civiles —390— entre las que se resaltan la de Gettysburg o la de Chickamauga, y de la segunda es la que particularmente más se tomará en cuenta, entre otras cosas, porque Bierce hizo parte de ella.



Fotografía: Paula Valeria Medina Zamudio

Bierce en la guerra

Lo que muchos no saben es que en el momento de estallar la guerra, fue Ambrose Bierce el que se ofreció voluntario para asistir, como parte de la ideología familiar que había adquirido en su infancia. Fue miembro del partido de Los Estados Confederados. Quizá podemos deber esto a su padre, quien creía profundamente en la ideología *yankee*, la cual se refiere a la creencia en Estados Unidos como pilar del mercado global y de la fe ciega en el trabajo y el dinero; por lo que el mismo papá de Bierce fue quien, para sorpresa de pocos, lo enviaría a estudiar a una escuela militar en Kentucky, donde se entrenó por más de un año. Germán Espinosa elabora una de las más completas biografías del autor, haciendo una minuciosa investigación que nos permite saber, por ejemplo, que participó en varias batallas contra la Unión, hasta que finalmente al ir a una de aquellas, la de Kenesday Mountain, salió con una herida en la cabeza que le costó el seguir participando de la guerra, razón por la cual se dedicó a trabajar en la industria algodonera, en una de sus más importantes centrales en Alabama.

Evidentemente toda la participación que tuvo dentro de la guerra le sirvió para extraer material para bastantes de sus relatos, muchos de los cuales mezcla con su tono fantasmal e incluso algunos de ellos alcanzan el tono satírico, pero que sin embargo son el resultado de lo que hay detrás de las propias vivencias de Bierce. Que además resulta ser razón por la que muchos creen, el autor se tornó tan sombrío dentro de su literatura en todos los textos que le precedieron.

Por esta razón podemos deducir la importancia tan significativa que tenía para las familias las corrientes políticas y opiniones de sus hijos. Mucho de este tipo de actitudes de guerra también se ven en el relato de la misma época titulado «un jinete en el cielo», el cual nos habla de un típico soldado de Virginia que se había ido de su casa por opiniones sobre la esclavitud contrarias a la de sus padres, haciendo que este le respondiera así: «Muy bien, vete entonces, y ocurra lo que ocurra, haz siempre lo que creas que debes hacer. Virginia, para la que ya eres un traidor, tendrá que arreglárselas sin ti de aquí en adelante» (p. 18). Y donde incluso podemos ver, a través de la narrativa del autor, cómo se mofaba de las actitudes de muchas familias hacia los temas de combate.

El estadounidense, además, creó un diccionario de 998 palabras que empieza a elaborar unos años después de haber participado en la guerra, durante algunos de sus casi 30 años de carrera. Este es una recopilación de algunas de las palabras que Bierce define de manera irónica y satírica, justamente mencionando lo anteriormente dicho, como una de las transformadas realidades de las que casi nadie habla. Cabe prestar especial atención a la definición que el autor le da a la palabra «guerra»:

> Guerra, s. Subproducto de las artes de la paz. Un periodo de amistad internacional es la situación política más amenazadora. El estudioso de la historia que no ha aprendido a esperar lo inesperado, puede perder la esperanza de cualquier revelación. La máxima, «En tiempo de paz prepara la guerra» tiene un significado más profundo de lo que parece; quiere decir, no sólo que todas las cosas terrestres tienen un fin, que el cambio es la única ley inmutable y eterna, sino que el terreno de la paz está sembrado con las semillas de la guerra y favorece su germinación y crecimiento. (Bierce, 1887-1896, s. p.)

Esta definición nos proporciona una ayuda a la mirada de nuestro contexto histórico mucho más amplia de lo que podríamos pensar. Puesto que casi solamente antes de la creación del DIH (Derecho Internacional Humanitario), es decir, desde la Segunda Guerra Mundial hasta casi todos los años que antecedieron; uno podía, bien como dice Bierce, estar en paz un día y al siguiente existir posibilidad de guerra por múltiples razones, por lo que podemos afirmar que una guerra como la de la secesión estadunidense, que casi le causa al

país un sisma irreparable, no se habría gestado hoy en día con las organizaciones internacionales y los tratados.

Sin embargo y por corrientes que ya casi cumplían un siglo, los ideales de la Revolución francesa fueron también motor del dogma de libertad que los del Norte estaban teniendo. Aun así, esto no fue suficiente para que el conservatismo sureño se diera por vencido; ya que al menos el 80 % de sus ingresos y de su industria se mantenía de las grandes haciendas algodoneras. Nuestro autor narra entonces, en uno de sus más icónicos relatos sobre soldados, como si fuese sacado de sus propias memorias, lo que se veía en la cotidianidad de la esclavitud.

En parte de su biografía cuenta cómo se formaba a los hijos desde pequeños, tal como al mismo Bierce, para que aprendieran a tratar con esclavos y, sobre todo, para que pudiesen continuar con la empresa cuando sus padres ya se hubieran ido. El cinismo es algo muy icónico de este periodo de la historia, las cifras oficiales de muertos por la guerra no se conocen aún, aunque algunos oficiales de la Unión en el siglo XIX, establecieron que la cifra se centraba en alrededor de 620.000 muertes; sin embargo, y por estudios recientes a cargo del historiador David Hacker se establecieron cifras que podían variar considerablemente entre los 617.877 y 851.066, dejando un margen de error de por lo menos el 21 % del total, lo cual representaría un impacto en la sociedad norteamericana incluso más grande que el que dejó la guerra de Vietnam.

La mayoría de estas muertes fueron sin duda causa de las «pequeñas» batallas que se hacían entre bandos, una de las cuales, la batalla de Chickamauga, fue de las más icónicas cuando se habla del periodo de secesión. Sucedió en los condados de Catoosa y Walker, en el Estado de Georgia. Se originó debido a que los Confederados estaban avanzando al Norte con la intención de tomar algunos Estados, sin embargo, mucho antes de que pudiesen llegar, las tropas rivales los emboscaron causando una de las mayores masacres de la guerra. Esta lucha terminó con dominio evidente de la Unión, dejando graves heridos en el otro bando, y representó una de las más grandes, por no decir que la mayor, victoria por parte de los norteños; a la cual le dieron también el nombre de «teatro oeste», porque según muchos de ellos, fue como haber visto una obra de teatro. Y tuvo alrededor de 4.000 muertes por parte de ambos bandos. Ambrose Bierce entonces, escribe uno de sus relatos que lleva por nombre el mismo que el de la batalla y dentro del cual encontramos el siguiente fragmento:

> Eran hombres. Gateaban sobre las manos y las rodillas. Unos solo utilizaban las extremidades superiores arrastrando las piernas. Otros solo utilizaban las rodillas, mientras los brazos les colgaban inertes a ambos lados. Luchaban por ponerse en pie, pero se caían de bruces en cada intento. (…) Venían por decenas, por cientos; se extendían a ambos lados tan lejos como alcanzaba la vista en la oscuridad cada vez más profunda. (Bierce, 1891, p. 32)

En esta fracción del cuento podemos evidenciar como de manera intrínseca Bierce fijaba sus ojos en la guerra, narrando que se veían tantos hombres y en tan mal estado que no se alcanzaba a ver siquiera un pedazo de tierra vacío; posterior a esta escena los hombres, que podemos sugerir hacen referencia a los Confederados, iban en dirección a tomar agua de un río y a duras penas con las extremidades que les servían o les quedaban del reciente encuentro violento. Muchos de estos al llegar entonces al río que buscaban, caían sin más y se dejaban llevar por la corriente, seguramente hasta morir. Por lo explicado anteriormente las cifras de muertes e incluso relatos de algunos periodos de la guerra se desconocen y crean lagunas en la historia, tomar este relato como referencia puede llegar a

Fotografía: Paula Valeria Medina Zamudio

considerarse leer un mismo testimonio; y resulta un material muy importante, debido a que es de los pocos que se conocen. El estadunidense logra captar la atención del autor agregando detalles externos para no incluirse dentro de las escenas, como lo fue en «Chickamauga» el niño sordomudo, quien es la persona que evidencia los hechos y además no se da cuenta de muchas cosas por su incapacidad.

Podemos suponer, pero no podemos saber a ciencia cierta por qué el mismo autor no quiso jamás incluirse dentro de sus vivencias y alterarlas de modo en que no se viese inmerso en ellas. Sin embargo, hay una serie de explicaciones que hasta nos pueden ayudar a entender, no solamente el porqué de Bierce de escribir la mayoría de las veces desde la perspectiva del soldado raso, y no desde la mirada de los altos mandatarios de la guerra, como sucedía por ejemplo, en la Edad Media.

¿Qué quiere decir eso? El escritor israelí, Yuval Noah Harari nos explica que desde los últimos siglos la fórmula del conocimiento se resume así «conocimiento = experiencias *x* sensibilidad», lo cual nos ha hecho cambiar la perspectiva acerca de muchos contextos, entre estos la guerra, y lo explica de la siguiente manera:

> A lo largo de la mayor parte de la historia, cuando la gente quería saber si una guerra determinada era justa, preguntaban a Dios, preguntaban a las escrituras y a los reyes, nobles y sacerdotes. A pocos les importaban las opiniones o experiencias de un soldado raso o de un civil de a pie. (Harari, 2016, p. 271)

Al cambiar esto fue un momento muy importante para el arte, incluyendo la literatura de Bierce. Porque incluso antes, en cuadros, filmes o en las mismas escrituras siempre se relataban las historias de la guerra desde arriba y se ponía especial atención a las maniobras colectivas más que a los sentimientos personales. Aun así, desde los últimos años esto empezó a cambiar, y el hecho de poder enriquecerse de experiencias hizo que muchos de los relatos empezaran a cobrar vital importancia dentro de una especie de revolución de la que el mismo Ambrose Bierce fue testigo y vio, aunque fuese de manera indeliberada.

A pesar de todo, el unionista pudo haber tenido múltiples razones para escribir sus relatos. Pero hay que apropiarse y concientizarse del contexto de nuestro autor puesto que sin este no hubiésemos podido evidenciar realmente qué era lo que estaba contando implícitamente dentro de los relatos. Es cuando nos sentamos a revisar su participación en la guerra cuando nos damos cuenta que en realidad, esos cuentos que parecen ser solamente ese clásico y satírico relato de Bierce, tiene en el fondo todo tipo de experiencias escabrosas, de las cuales muchas veces no somos conscientes. La Guerra de Secesión fue uno de los golpes más grandes dentro de toda la historia estadounidense, y dejó a su paso una innumerable cantidad de muertes y traumas dentro de las familias y los soldados que participaron, y hoy nosotros solo somos testigos adyacentes de aquel hecho tan real pero tan lejano de nuestras realidades.

Referencias

Bierce, A. (1881/1906). *Diccionario del diablo*.

Bierce, A. (1891/1893). *Cuentos de soldados.* Buenos Aires: Editorial Alianza.

Espinosa, G. (1881/1906). *Bierce, el maldito*. En A. Bierce, Diccionario del diablo.

García, N. (2017). Ciudad de México. Nadie dijo que abolir la esclavitud sería sencillo. *Noticieros Televisa.* Tomado de https://noticieros.televisa.com/especiales/la-batalla-gettysburg-y-abolicion-esclavitud-estados-unidos/

Harari, Y. (2016). *Homo Deus*. Ciudad: Editorial Debate.

Historia Universal. (s. f.). Guerra de secesión. *Mi historia universal*. Tomado de https://mihistoriauniversal.com/edad-contemporanea/guerra-de-secesion/

López, I. (2016). Batalla de Chickamauga – 1863. Historia y Guerra. Tomado de http://historiayguerra.net/2016/12/27/la-batalla-de-chickamauga-1863/

Muñoz, V. (2012). Un estudio eleva un 21 % la cifra de fallecidos durante la guerra de secesión. *Red Historia.* Tomado de http://redhistoria.com/un-estudio-eleva-un-21-la-cifra-de-fallecidos-durante-la-guerra-de-secesion/

De la agonía y lo efímero de la muerte

Sofía Agudelo
Décimo A

Resumen

Este artículo hablará sobre la agonía, su etimología y sus efectos psicológicos durante su padecimiento, tales como la ansiedad y el miedo. Junto con esto se hará un análisis sobre su trascendencia histórica hasta la modernidad y cómo esto ha afectado nuestra visión de la muerte. Conociéndola hoy en día como el padecimiento más desafortunado para cualquier ser humano. También se observará el retroceso que ha tenido en cuanto a la aceptación. Y se realizará un énfasis en la pregunta adjunta: ¿Cómo es posible para el ser humano no aceptar la naturalidad de su destino?

Palabras clave: Agonía; ansiedad; miedo; muerte; modernidad; efectos psicológicos.

Agonía, ¿qué es? Todos la conocemos como un proceso terminal, su etimología (agón – 'lucha') significado proveniente del griego, que refiere a la angustia que sufre una persona cuando está al borde de la muerte. ¿Y qué es la muerte? No es necesaria una explicación; todos concebimos lo mismo, es un final, es el destino implacable. La muerte es, de todas las certezas, la más absoluta. Pero, aunque reconocemos que su existencia es tan clara para la humanidad siempre ha resultado ser un proceso de innumerables reflexiones. En síntesis el temor a la muerte resulta ser peor que la muerte misma.

Nos recorre un frío en la piel cada vez que tratamos de mirar hacia el final, hacia el futuro amenazante de nuestras vidas, como si fuésemos mártires esperando una tortura. Se puede decir que para muchas personas esta visión solo debe ser objeto de negación, porque vivimos en una sociedad que por el miedo infundado desde la religión ve la agonía y la muerte como una enfermedad, o al sujeto que tiene este padecimiento como parte de una plaga de la que hay que huir como si fuese algo contagioso, solo puede ser concebida la idea de la muerte con negación y lástima silenciosa, aunque haya conciencia de que también seremos víctimas de tal padecimiento. Gabriel García Márquez (2012) en su novela *Cien años de soledad* nos deja ver su percepción de la agonía humana y sus connotaciones psicológicas. Lo que la siguiente cita quiere evidenciar es uno de los momentos más significativos durante este proceso, el recuerdo de la vida y el anhelo de que pudo haber sido de lo que pudimos haber cambiado y reformado en la vida. Es un cúmulo de recuerdos que ya eran inertes en nuestras memorias, recuerdos sencillos y concisos que trasladan a un estado de nostalgia: «Años después, en su lecho de agonía, Aureliano Segundo había de recordar la lluviosa tarde de junio en que entró en el dormitorio a conocer a su primer hijo. [...] Aunque era lánguido y llorón, sin ningún rasgo de un Buendía, no tuvo que pensar dos veces para ponerle nombre. —Se llamará José Arcadio —dijo» (p. 76).

Pero lo que resulta más irónico es que no hay nada que se acerque más a la vida que la muerte misma; desde mi punto de vista es el momento más vital de la existencia humana, es el limbo. Para hablar sobre agonía hay que hablar de la muerte, porque en su generalidad son conceptos entrelazados por una simple razón el primero lleva al segundo y el segundo es el final del primero. La muerte no siempre ha sido vista con negación o como algo que constituye un problema, era vista como algo natural, o al menos en occidente en la Edad Media, por esta razón está más que claro que los cambios socioculturales han sido en grandes dimensiones, antes en ciudades como Grecia y Roma la muerte era la lógica de una existencia condenada a ser finita, era divisada

como algo asumible y no con desesperanza, tanto la muerte como la agonía era recibidas como sosiego y valentía total.

Para un caballero de la Edad Media esto era la recompensa y el descanso merecido por la vida afrontada. En ese entonces los individuos vivían y morían de verdad, con los ojos abiertos al mundo, conscientes de su entorno, afrontando el destino de un alma que puede quedar a la deriva, lo afrontaban así porque sus valores y raíces estaban forjados en la cuna religiosa de aquel entonces.
En la Edad Media todo hombre podía demostrar el verdadero valor de su vida de manera Sincera y sin máscaras. Este proceso era venerable. El enfermo siempre era el primero en saber que iba a morir. Pero con el surgimiento de la institución hospitalaria todo cambió drásticamente, ahora la agonía y la muerte son asunto de reserva y controversias familiares, todo el mundo habla, comenta y especula sobre el enfermo, pero en su ausencia. Tratan a la persona como si se fuese a romper de forma repentina. Es visto como algo anormal. Pero en estas situaciones desde mi punto de vista se deja ver la crueldad humana a flor de piel. Me pregunto ¿cuál es la necesidad de esconder los padecimientos del otro? ¿Por qué hacérselo más difícil utilizando fachadas que solo dejan ver la incertidumbre? Al parecer la humanidad ha dejado de ser humana, se ha deshumanizado por completo tornándose temerosa y egocéntrica, como si nos hubiese invadido la indiferencia, porque la institucionalización médico hospitalaria de la muerte ha hecho de este proceso algo clandestino, tratándola desde el total anonimato, pasando por alto el hecho de que la agonía y la muerte implican vitalidad, al intentar suprimir la muerte de la vida, pasarían a un vivir insensible ya que la muerte se vuelve lo absurdo y el olvido de esta es la misma deserción de la vida.V

Nacemos enfermos de muerte, dijo Hamlet. La negación de esta, está dada por lo que los psicólogos llaman «defensa perspectiva». En la modernidad todo lo que refiere a salud lo confiamos a la opinión de la institución médica. Mientras que antes todo giraba en un ambiente más familiar y natural, ahora todo está automatizado, así la vida de una persona no tenga más que dar, se prefiere dejarla en manos de la tecnología condenando ese cuerpo a un estado vegetal, condenándolo sin razón a una absurda existencia. El egoísmo nos ha invadido.

Foto: Salomé Carrillo

Vivimos en una modernidad que solo le preocupa alargar las agonías, como una especie de resistencia irracional hacia la muerte. También socialmente están dadas unas exigencias sociales, el comportamiento adecuado es actuar como si no se supiese nada acerca de la enfermedad y si se sabe, actuar con positivismo al respecto, mantener la dignidad y no permitirse caer en la tristeza y la nostalgia de la vida que ya está dejando atrás. No caer en el desequilibrio psicológico.

Pero lo cierto es que sucede todo lo contrario, se comienza a padecer menor tolerancia a la frustración, todo resulta desesperante, porque al final nadie quiere dejar de vivir. Otro fenómeno psicológico durante esta etapa en algunas personas es el aumento de esperanza de vida, como una íntima fantasía o un coqueteo constante con la inmortalidad, aunque sepamos que es inalcanzable. Como Iván Ilich cuando se entera de su enfermedad en el capítulo VII «veía que se estaba muriendo ya se encontraba su miedo, en constante desesperación. En el fondo de su alma lo sabía, pero solo no se había habituado a la idea, sino que simplemente no comprendía, le era imposible comprenderlo» (Tolstoi, 1992, p. 47).

El terror a la muerte, también viene fundamentado por el culto a la juventud y a la belleza desde la época griega. La sociedad olímpica se ha infundado en nuestra modernidad, a través de la existencia de los medios de comunicación, y la masificación de estereotipos que nos bombardean con paradigmas

sociales, que nos impone un modelo a imitar, este se personifica en la belleza estética y la juventud, dejando a los viejos y enfermos como marginales. De allí surgen los ademanes y actitudes que podrían verse irracionales desde algunas perspectivas, como pintarse el cabello las cirugías estéticas y la moda. Todo para mantener un estatus y una belleza «inmortal».

Todo esto tiene como objetivo el no pensar en la muerte. Como una resignación silenciosa, porque por dentro sabemos que, por más arreglos y rituales para conservar el cuerpo, los años y el tiempo surgirán en efecto en cada uno de nosotros, puesto que nuestra existencia es efímera al igual que nuestros cuerpos. Esto puede notarse de manera amplia en el libro de Tolstoi cuando de forma pretenciosa Iván comenzó a deambular por los círculos sociales de la burguesía, para ganar una imagen, adaptándose a sus ideas en cuanto a la sostenibilidad económica, la política y la imagen estética de un hombre con clase, por eso se casó, por única y pura conveniencia. Siempre es así, el hombre en busca de una felicidad material, corriendo y perdiendo toda la vitalidad, escondiéndose de la muerte en concordancia con el consumo y la ambición. Se pierde de forma absoluta y definitiva la noción de felicidad. «Confundiendo la felicidad con el gozar y el ser con el tener, se pierde el sentido de la vida, olvidándose también el sentido de la muerte, indefensos ante ella» (León, 2002, s. p.).

En cuanto a los trastornos psicológicos en el proceso de la agonía humana los protagonistas son la ansiedad y el miedo. Estos son los cuatro componentes principales o reacciones a nivel cognoscitivo que surgen mediante los trastornos neuróticos que se producen al pensar en la muerte o en la enfermedad, como tener la noción imparable del paso del tiempo, contar cada segundo, cada hora y cada día, de dolor insufrible. La aparición de miedos personales, casi irracionales como resultado de este dolor y estrés latente. Aunque esto es una generalización de los síntomas, esto es lo que suele darse en la humanidad. Pero también depende de las formas de afrontamiento personales. Pero en el caso de Iván todo se fue dando de esta manera primero lo afronto con fortaleza y coraje, y a continuación comenzó a trastornarse psicológicamente hasta el punto de caer en una tendencia obsesiva compulsiva que lo atacaba constantemente con agresividad. El reflejaba el miedo a través de la ansiedad, es más, puede decir que la ansiedad en esencia según la psicología es el estado más puro del miedo. Y para acreditarlo, la escritora Amalia Andrade (2017) afirma:

> El miedo no necesita presentación. Todos lo hemos sen tido. Todos sabemos cómo se asoma, a veces de maneras sutiles, a veces de forma tan rotunda que nos hace correr a velocidades que no sabíamos que podíamos alcanzar. Todos conocemos lo que se siente cuando toma al corazón como rehén, cuando hace que el tiempo se suspenda de manera indefinida, cuando nos dibuja el peor escenario posible. El miedo nos entiende muy bien. (p. 34).

Todos lo hemos sentido y es allí cuando comienza el proceso de agonía cuando el sujeto comienza a reaccionar y a reaccionar sobre su estado de salud, cuando la persona ya es consciente de sus padecimientos por el dolor inminente que invade el cuerpo, un dolor que debilita y deteriora más y más rápido con el amanecer de un nuevo día. Como a Iván que lo invadía la angustia y los miedos, el miedo a la soledad, miedo a la agonía, a los demás, al aislamiento, a perder el control y a lo desconocido. Frente a nosotros en esa estancia de vida solo hay un miedo que se manifiesta como un hueco en nuestras mentes, como un agujero con un eco perturbador que nos estremece los pensamientos. Para Iván la imagen de su vida era como una piedra que rueda cuesta abajo a una creciente velocidad que consumía su alma su vida era una serie de tortura en aumento.

Foto: Salomé Carrillo

La agonía de Iván no fue más que un cúmulo de miedo, ansiedad y nostalgia. Los recuerdos lo perturbaban. No dejaba de pensar en eso que pudo haber sido si no hubiese seguido el camino de la conveniencia. Toda su vida fue un miedo absoluto hacia el cambio, y al rechazo. Fue una vida Llevada a través de la presión social, Tolstoi como fiel humanista plantea con esto una reflexión para todos. Ya que esto es un problema constante en la modernidad, todos vivimos en favor de todos, pero no en favor de nosotros mismos, buscando los objetivos comunes, adaptándonos a los parámetros impuestos, cumpliendo expectativas ajenas y trabajando por apariencia y estrato. Esta es la reflexión que nos deja la historia del antihéroe Iván Ilich, un hombre que comete todos los errores diarios de los hombres, es como si Tolstoi se burlara de nosotros que nos compadecemos de la vida corriente, desgraciada y llena de altibajos que tuvo el protagonista, cuando es el reflejo exacto de nuestros más íntimos problemas, aunque suene básico y banal todos queremos movernos con son de importancia entre los burgueses y los ricos, por un simple motivo, todos quieren dinero y una vasta fortuna. El mundo está lleno de avaricias que nos hacen perder el horizonte de la vida.

Y este es uno de los últimos pensamientos que se cruzan por la cabeza de Iván, se da cuenta que tanto trabajo no fue objetivo, que en realidad no disfrutó de las cosas que quería disfrutar, que dejó a un lado su núcleo familiar. Por eso hice la mención de que la agonía es el éxtasis de la vitalidad, es la reflexión absoluta de la vida. Por esto al final Iván concluye con esto que «se acabó la muerte —se dijo—. La muerte no existe» (p. 73). El dolor solo es inminente durante la duración de la agonía, pero la muerte misma es un fin incomprensible para nuestros ojos, es un auténtico y merecido descanso en la eternidad de la existencia.

Referencias

Andrade Arango, A. (2017). *Cosas que piensas cuando te muerdes las uñas.* Bogotá: Editorial Planeta.

León, G. (2002). *Actitudes psicológicas ante la muerte y el duelo: Una revisión conceptual*. Artículo.

García Márquez, G. (2012). *Cien años de soledad*. Bogotá: Editorial Norma.

Tolstoi, L. (2003). *La muerte de Iván Ilich*. Bogotá: Editorial Norma.

Teoría del sufrimiento y pesimismo de Schopenhauer reflejada en "*La muerte de Iván Ilich*", escrita por León Tolstoi

Jerónimo Guerrero Ban
Décimo B

Introducción

En el presente escrito, pretendo hacer una comparación de la teoría del filósofo Alemán Arthur Schopenhauer, sobre el sufrimiento y el pesimismo, con el relato efectuado por León Tolstoi en *La Muerte de Iván Ilich*. Allí buscaré los elementos más importantes explicados por el filósofo sobre el sufrimiento comparado con lo vivido, pensado y sentido por Iván Ilich en su vida y frente a su enfermedad y finalmente ante la inminente realidad de su inevitable muerte. La teoría de Schopenhauer es tomada del texto escrito por Jordi Cabos de la Universidad de Bremen (Alemania).

Comparación

La mirada pesimista del mundo que comparte Schopenhauer en su escrito «Sufrimiento y pesimismo», me lleva a pensar en un elemento que él resalta, denominado la voluntad. Esta es definida como un «principio metafísico situado más allá de lo observable y de lo pensable» (s. p.), toda vez que marca el carácter y la identidad del individuo de manera natural, es decir, que el hombre nace ya con una voluntad definida e inmutable.

Nos dice el autor del artículo consultado: «que la raíz y la miseria del mal del mundo se deben a su esencia: a la voluntad. Sin embargo una cosa es la raíz del mal y otra su responsabilidad. Para que pueda haber responsabilidad es necesario tener conciencia de ello» (s. p.), complementándolo con la explicación que da Schopenhauer sobre la conciencia humana que se divide en dos realidades una cognitiva que es el intelecto y es accidental y una volitiva que es la primordial pues proviene de la voluntad y de allí nace el sufrimiento, que como dice el filósofo es natural al hombre, según éste, haga lo que haga el individuo es inevitable el sufrimiento y a su vez considera que el sufrimiento es positivo y por el contrario toda felicidad es de carácter negativo ya que es la liberación momentánea de un dolor. Por eso el placer se presenta menos que el dolor; que es más genuino, recordemos que proviene de la voluntad con la que nace el hombre según Schopenhauer y que según su teoría el dolor nace de la necesidad esencial de la vida, «si no fuera por el sufrimiento el ser humano enloquecería y no podría mantenerse firme», por el contrario al «establecer la felicidad, el bienestar o el placer como fines de la existencia, lo único que consigue es causar más sufrimiento» ya que son momentáneos y su carencia genera dolor y sufrimiento.

Foto: Violeta Medina

Si partimos de lo anterior para analizar el libro *La muerte de Iván Ilich* de León Tolstoi, podemos ver reflejada la teoría de Schopenhauer en la vida de Ilich; el sufrimiento, el dolor son el eje central del libro, allí se describe paso a paso las emociones que siente el personaje ante la inminencia de la enfermedad, de la muerte, del desamor, la pena, el dolor causado por la culpa, la ira sentida hacia su esposa, hacia su hija.

La percepción del sufrimiento de Iván Ilich en su matrimonio inicia una vez su esposa Praskovia Fiódorovna quedó embarazada, momento en el cual ella «empezó a alterar el buen tono de la vida» frente a lo cual trató de librarse poniendo su actitud positiva ante la vida, actitud frente a la cual el autor Jordi Cabos, expresa así:

> Por consiguiente, todas aquellas propuestas que de forma optimista establecen una posible felicidad son una forma vil de pensar que contradice la patente miseria de la existencia». El optimismo es para Schopenhauer una burla sobre el indecible sufrimiento del mundo. Dice el filósofo que «la mirada optimista incrementa el padecimiento porque refuerza la idea de creer que uno existe para ser feliz. (2015, s. p.)

Ilich no solo intentó ser positivo, sino que también desplazó su mundo de la vida de hogar y de su esposa, al trabajo, haciendo de éste su centro, reduciendo el tiempo que pasaba con su esposa, esto lo explica Schopenhauer en los siguientes términos: «Los incesantes esfuerzos por desterrar el sufrimiento (Leiden) solo consiguen que cambie de forma».

Para Ilich, lo bueno se hizo cada vez más escaso, cuanto más tiempo pasaba, sentía más sufrimiento, dolor, «El desposorio. Tan casual; el desencanto, el olor de boca de la esposa, la sensualidad, el fingimiento... El empleo sin vida, las preocupaciones por el dinero, y así un año, diez, veinte, siempre lo mismo», es lo que denomina Schopenhauer, una vida tétrica. Vamos del aburrimiento al dolor y del dolor al aburrimiento, pues cuando se intenta eliminar el dolor, este se presenta de una y mil formas diferentes, pero siempre está presente, es inherente a la vida, a la voluntad, esa que como se dijo es un «principio metafísico situado más allá de lo observable y de lo pensable», con el que se nace naturalmente. Dice el texto de Iván Ilich «Así como las torturas se van haciendo cada vez más intensas, la vida se ha hecho también cada vez peor»

La principal tortura de Iván Ilich era la mentira, de que él solo estaba enfermo y no se moría, dice el relato: «Veía que cuantos le rodeaban reducían el acto espantoso, horrible, de su muerte al nivel de una contrariedad casual, hasta cierto punto, de una inconveniencia». Esto es lo que llama Schopenhauer como los rasgos que refuerzan más la idea de que «toda vida es en esencia sufrimiento».

Su limitación espacio-temporal y el dolor que se provocan los individuos en ella. Iván Ilich observa las dos, el sufrimiento que le causa su esposa, el dolor que le causa la mentira, y la aceptación de la temporalidad de la vida, ya que sabe que va a morir.

Dice Schopenhauer que la vida además de tétrica, resulta breve, «todos moriremos» como lo dice Guerasim, el criado que atendía a Iván Ilich y además como dice el filósofo «la infinidad de males que los individuos se causan unos a otros hacen del mundo un infierno» «en lugar de ayudarse, la mayoría se infligen daños mutuamente: hay razones evidentes para sostener que «la fuente principal del mal más severo que afecta a los hombres es el hombre mismo». Lo vemos reflejado en la obra de Tolstoi, en la descripción de la hija de Iván Ilich, «Que culpa tenemos nosotras? dijo Lisa a la madre —. Como si le hubiéramos causado la enfermedad! Papá me da mucha pena, pero ¿por qué nos tortura?». Iván Ilich sentía que solo su hijo y su criado Guerasim lo comprendían, el contrario de

su esposa e hija que le causaban sufrimiento y una sensación de soledad, de abandono e hipocresía. Dice Schopenhauer que el individuo puede percatarse de que el sufrimiento es inevitable, pero eso le sucede al humano cuando trasciende la conciencia empírica, es algo así como el conocimiento de sí mismo, como lo dice el autor del texto consultado

> El sufrimiento es el producto de una conciencia que quiere. Schopenhauer dice: la voluntad que se hace conciente de sí como satisfecha o insatisfecha, impedida o liberada; esto se extiende incluso a las sensaciones corporales, agradables o dolorosas y a todas las innumerables que se encuentran en estos dos extremos; porque la esencia de todas esas afecciones consiste en que irrumpen inmediatamente en la autoconciencia como acordes con la voluntad o contarías a ella.

El relato la Muerte de Iván Ilich nos muestra esa trascendencia de la conciencia empírica, sobre todo en los momentos de la recta final, ante el momento inminente de la muerte, «Desde aquel momento comenzó el grito, ininterrumpido durante tres días», veámoslo en este relato:

> En aquel mismísimo instante Iván Ilich se hundió, divisó la luz y descubrió que su vida no había sido lo que debía…. De pronto vio con claridad que lo que le acongojaba sin encontrar salida, salía todo de una vez y lo hacía por dos partes, por diez, por todas partes. La daban pena los demás; debía hacer algo para que los otros no sufrieran. Había que librar a los demás y librase a sí mismo de aquellos sufrimientos. «Qué bien y que sencillo —pensaba—. ¿Y el dolor? —se preguntó— ¿Dónde se ha metido? ¿Dónde estás dolor? Se puso a escuchar atentamente, «Aquí está. Bien, que duela.» ¿Y la muerte? ¿Dónde está?» Buscó su habitual muerte y no lo encontró ¿Dónde está? ¿Cómo es la muerte? No tenía miedo de ninguna clase, porque tampoco ella existía. En vez de la muerte había luz.

Conclusión

En mi percepción el relato que hace León Tolstoi en la muerte de Iván Ilich es una descripción del dolor, del sufrimiento, de la voluntad, de la conciencia trascendida de que habla Arthur Schopenhauer en su teoría de Sufrimiento y Pesimismo. En los pensamientos, sentimientos y dolores físicos que sufrió Iván Ilich, incluso en su refugio en el trabajo para evitar el sufrimiento que le causaba su esposa, logré percibir los elementos de la vida que hacen que el hombre sufra incansablemente. Él recuerda su vida y ve en ella el sufrimiento, incluso al recordar su infancia, que era lo más preciado, se va diluyendo la alegría y hay un momento cuando ya no los percibe como bellos recuerdos, pues su realidad, su presente, la idea de la muerte, de la temporalidad, del sufrimiento causado por su esposa hacen que su sufrimiento sea más intenso. Solo antes de la muerte cuando siente compasión, como decía Schopenhauer en otros textos «la compasión es la forma más genuina del amor» (Ortega y Mínguez, 2007, s. p.), por el sufrimiento de sus seres queridos, logra dejar de sentir el dolor, lo busca, busca el miedo que le producía la muerte y por fin se libera, se encuentra a sí mismo en la introspección como lo explica Schopenhauer: «cuando miramos al Ser del Mundo dentro de nosotros mismos vemos que lo que define a esa esencia es la Voluntad» (Ciudadano 014-Q, 2006, s. p.).

Referencias

Biografía y Vidas. (s. f.). Arthur Schopenhauer. *Biografías y vidas. La enciclopedia biográfica en línea.* Recuperado de https://www.biografiasyvidas.com/biografia/s/schopenhauer.htm

Cabos, J. (2015). Sufrimiento y pesimismo en Schopenhauer: Pesimismo como crítica social. *En Anales del Seminario de Historia de la Filosofía,* 32, (1), 143-159. Recuperado de https://revistas.ucm.es/index.php/ASHF/article/viewFile/48683/45457

Ciudadano 014-Q. (2006). Schopenhauer: El mundo como voluntad y representación. *La Sangre del León Verde. Divulgación Filosófica y Pensamiento Libre*. Recuperado de http://www.lasangredelleonverde.com/schopenhauer-el-mundo-como-voluntad-y-representacion/

Ortega, P. y Mínguez, R. (2007). La compasión en la moral de A. Schopenhauer. Sus implicaciones pedagógicas. En *Teoría Educativa*, (19), 117-137. ISSN: 1130-3743. Recuperado de http://revistas.usal.es/index.php/1130-3743/article/viewFile/3249/3274

Romero, S. (s. f.). 15 frases célebres de Arthur Schopenhauer. Muy interesante. https://www.muyinteresante.es/cultura/arte-cultura/articulo/15-frases-celebres-de-arthur-schopenhauer-951442837893

La muerte de Iván Tolstoi

Santiago Valderrama
Décimo A

Resumen:

El artículo enunciará las relaciones que hay entre la forma en la que León Tolstoi vio su vida y su obra: La muerte de Iván Illich. *Se demostrará a través de algunos relatos e ideas que brinda en* "Confesiones" *y en* "Primeros recuerdos y recuerdos" *donde esboza aspectos muy específicos ligados al contenido de su novela.*

Capítulo 1: Niñez y primeros años

Para entender por qué nuestro autor escribe lo que escribe, es necesario comprender quién fue. Nacido el 28 de agosto de 1828, Lev Nikoláevich Tolstoi es el cuarto hijo del conde Nikólai Illich Tolstoi y la condesa Mariya Tolstaya.

En su autobiografía, Tolstoi narra su infancia a través de las personas y las influencias que ellos tuvieron en su vida y en su desarrollo personal. Durante los primeros nueve años, Tolstoi vivió en la hacienda de su familia; llamada Yasnaia Poliana. Es allí donde más recuerdos agradables tiene de su vida y donde describe aquellas memorias a través de relatos a su vez protagonizados por sus seres cercanos. Con cariño recuerda a su padre. También con mucho aprecio recuerda a sus tías, sus abuelos y a sus hermanos. Y en cierta forma, en ellos refleja ciertos valores morales que él estimó; esto se ve reflejado en la forma como habla de ellos, en lo que consideró bondadoso de sus cualidades. Como por ejemplo en su hermano y su madre, a quienes les admiró mucho su humildad, su desapego a la opinión de la gente y el hecho de que jamás hicieran censura de las personas. Otro ejemplo son los relatos que cuenta de su familiar Tatiana Alexandra Ergolskaia, persona que, en palabras de Tolstoi (2003), tuvo «la mayor influencia sobre mi vida, después de mis padres» (s. p.). La menciona como a una mujer decidida, enérgica y abnegada, como aquella persona que le enseñó a amar, y a su vez a disfrutar de la soledad.

Sin embargo, un hecho que cambia las cosas para él y casi le da apertura de su juventud es su mudanza a Moscú en 1837. Abandona aquella hacienda de recuerdos tan inocentes que llenaron su infancia. Esto, junto con el fallecimiento de su padre, que sucede aquel mismo año, dan cierre a aquella felicidad de la que se llenó en la infancia, pero que jamás apreció sino hasta después de su crisis.

Foto: Alejandra Correal

Capítulo 2: Juventud y años de madurez

Al ser pasajes con el mismo tipo de impacto, la juventud y la madurez sólo se vieron separadas por el foco de su «egoísmo». En Moscú es donde empiezan los cambios en su vida: con un padre fallecido y su hermano mayor, Nikolai, a punto de entrar a la universidad, Tolstoi empieza a cambiar; y a pesar de buscar ser siempre moralmente bueno, al ser joven, solitario y pasional, sentía que cada vez que intentaba obrar de manera correcta lo perseguían las burlas y el desprecio (Tolstoi, 1882). A su vez, cada que seguía las pasiones viles y dañinas, era elogiado y alabado. Y así siguió: durante años mató a otros en guerra, retándolos a duelos para asesinarlos. También frecuentaba en los vicios como el juego o la bebida. En esos tiempos relata que empezó a escribir y que en lo que narraba «hacía lo mismo que en la vida. Para obtener la gloria y el dinero por lo que escribía, era preciso disimular el bien y exhibir el mal» (Tolstoi, 1883, s. p.). Narra también cómo en Kazán, lugar al que se mudó desde Moscú en el año 1841, empezó a depravarse se burlaba de su hermano Mitenka, quien aún permanecía en una vida moral.

En esa época, y un tiempo después de su participación en las guerras, Tolstoi comienza a relacionarse con otros escritores, quienes empiezan a tener una influencia sobre él. Le hacen seguir sus opiniones, que más allá de enderezar su camino, lo respaldaban y justificaban. Según las opiniones de los escritores, los hombres de pensamiento como ellos deben vanagloriarse a sí mismos, puesto que encabezan el sentido del creciente progreso en el que se encuentra la sociedad. Tolstoi describe esto como una suerte de «religión» en la que ellos, los grandes pensadores, son los «sacerdotes».

Tras algunos años empezó a viajar, y se dio cuenta que en toda Europa se presentaba aquel mismo fenómeno. Sin embargo, comenzaron a surgir algunos sucesos que le hicieron generar dudas sobre aquella supuesta religión. Como su presencia en una decapitación en París; tras verla, se percató de que nada, ni siquiera el progreso podría justificar un acto como aquel, y que por ende «los juicios sobre lo que era bueno y necesario no debían basarse en lo que otros decían y hacían, ni tampoco en el progreso, sino en mi propio corazón» (Tolstoi, 1882, s. p.). Otro de los sucesos que cambió su perspectiva fue la muerte de su hermano Mitenka. Nunca pudo responder algún por qué ante aquella agonía. A pesar de esto, siguió haciendo lo que hacía sin darle tanto valor a aquellos sucesos.

Tales fueron las condiciones en las que vivió durante dieciséis años, hasta que se casó con su esposa, Sofía Andréievna Bers y de alguna forma su foco de vida cambió. Se centró en su familia y en sus seres más queridos. Abandonó un poco la escritura y a toda aquella religión, para amarlos a ellos. Sin embargo, lo hacía de manera egoísta: se pasaba los días buscando la forma de mejorar su situación económica para su familia, aún a costa de otros.

Capítulo 3: Crisis

Pasaron otros quince años desde el comienzo de su vida familiar. Pero súbitamente, nuestro autor empezó a sentir algo. Sentía que su vida se detenía, y que en esos lapsos dos preguntas lo avasallaban: «¿por qué?» y «¿qué pasará después?». Al principio, y sin darle mucha importancia, las preguntas siguieron apareciendo, hasta que su persistencia fue tal que se vio obligado a intentar responderlas. Esto lo compara con una enfermedad mortal, en la que al principio se presentan unos malestares eludibles, pero que a medida en que persisten se convierten en un único sufrimiento. Aquellas preguntas lo

acribillaban sin cesar; después de acometer cada acción la cuestionaba. Y Tolstoi, al ver la inmensidad que implicaban decae en un conflicto muy profundo. Empieza a desconocer el sentido de su existencia, y en un intento por distraerse de todo el conflicto, recurre a pensar las cosas desde aquellos dos puntos que siempre habían conseguido alejarlo del aprieto: la familia y el arte.

Ve que en la familia solo encontrará seres vivos en las mismas condiciones que él, y se ve incapaz de hallar refugio en ellos. Entabla una doble posibilidad, en la que le sería imposible amarlos al mentirles sobre aquellas terribles preguntas que desencadenan toda una cuestión acerca del sentido de su vida. O por otro lado, someterlos al mismo sufrimiento por el que él está pasando al hablarles sobre aquella innegable verdad que Tolstoi asocia con la muerte.

A su vez, ve que el arte no es más que un efímero método de adornar la realidad que empieza a percibir. Pero ya no le es suficiente: aquel distractor de la realidad no sólo se rompe cuando se percata de que su religión estaba errada (cap. 2), sino también cuando empieza a ver los constantes errores de su juventud; su inmoralidad y su codicia pasional, que terminan por romper su espíritu cuando entra en esta crisis que afecta todas las perspectivas que tenía del mundo.

Capítulo 4: Relaciones entre lo que escribió y lo que fue

La crisis que sufre nuestro autor toma lugar a sus cuarenta y siete años, en 1875, durante los siguientes cinco años se vio reflejado en sus obras inconclusas y sus retiros espirituales. En 1880 empieza con la redacción de *Confesiones* que hace síntesis de los pasados cinco años por los que pasó el autor. Otros seis años después es publicada su novela *La muerte de Iván Illich*, en la que narra con una sensibilidad muy humana la agonía de Iván Illich durante la agravación de su enfermedad.

Sin embargo, es posible entablar una relación muy profunda entre el relato de Iván Illich y la vida que había llevado Tolstoi hasta su crisis. Eso se debe a que hay aspectos claros en la novela que no son más que un reflejo de la forma de ver su propia vida.

Esta relación empieza a percibirse en el sentido de que tanto en *La muerte de Iván Illich* como en *Primeros recuerdos y recuerdos* se puede apreciar que ambos empiezan sus relatos de memoria desde los padres de los protagonistas, aspecto muy significativo debido a la gran importancia que tiene para nuestro escritor aquel personaje.

Luego, también comienza a apreciarse en la infancia de Iván una época que en principio, no tiene relevancia alguna dentro de la historia. Al igual que Tolstoi, su vida es descrita y dirigida a través de los otros: la personalidad; vista desde las cualidades de sus hermanos es «no tan frío y cumplidor como el mayor ni tan alocado como el menor. Ocupaba un término medio: era un hombre inteligente, vivo, agradable y decoroso» (Tolstoi, 2003, p. 18). Adicional a esto, sus metas en la vida no eran más que el resultado de lo considerado comme *il fault* (Lo que es edecuado o correcto) dentro del círculo social de personas del alto poder.

Este tipo de dirección que le da a su vida nace en su juventud, que recibe en la etapa en la que entra a la escuela de Jurisprudencia, lugar en el que Iván comienza a realizar actos que le resultaban repulsivos y detestables. Pero tras percatarse de que las personas encumbradas los realizaban sin ninguna clase de asco, poco a poco fue olvidando el desagrado que le producía hacerlo. De la misma forma, ya mencionado en el segundo capítulo, a medida que Tolstoi hacía cosas peores y peores guiado

Foto: Alejandra Correal

por la pasión y la vanidad era cada vez más y más admirado, es por esto que terminó adquiriendo aquellas costumbres inmorales.

Y no solo con estos aspectos eran guiados por los demás: mientras en Iván su búsqueda por las cosas decorosas se trataba de un claro intento de comportarse y ser como las personas encumbrados lo que al fin y al cabo consigue volverse una. En Tolstoi sus relaciones con otros escritores empiezan a generarle una forma de pensar que se centra en su labor y en la gran ayuda que ésta tenía.

Aun guiado por lo que decían los demás, Iván se casa con Praskovia Fiódorovna, con quien al principio tiene una relación agradable y decorosa. Pero a medida que pasa el tiempo Iván recibe una desilusión al percatarse de que su relación no resultó tan atractiva. Tenía diferencias con su esposa y la pasión inicial se desvanecía a lo largo del tiempo. Algo similar sucede con Tolstoi, puesto que también supone un cambio, sin embargo la índole llega a ser un poco distinta debido a que lo que empieza a molestarle a él no es su relación sino el egoísmo con el que la lleva.

Y justo en aquel punto en sus vidas llegan los sucesos que cambian las cosas para nuestros dos personajes. En la mudanza a San Petersburgo (suceso impulsado por el deseo de Iván de un mejor salario, lo mismo que sucede con lo que se habló de Tolstoi en el segundo capítulo), Iván sufrió un percance que terminó con un golpe ligero en su costado. Sin darle importancia, siguió su vida durante un corto periodo de tiempo, pero paulatinamente empezaría a aparecer un dolor constante del que pronto se enteraría de que era una grave enfermedad de la que parecía no haber una cura. Recordando el tercer capítulo, la enfermedad mortal de Iván se asimila a una analogía del inicio de la crisis de nuestro autor: el ligero golpe se asemeja a las inocentes preguntas que se acercaron a su pensar cotidiano. Pero a su vez las preguntas aumentaron su intensidad por la demanda de una respuesta, para terminar percatándose de que aquellas preguntas le arrebataban el sentido que él le tenía a la vida, abriéndole paso a su grave enfermedad.

Esto abre el inicio en busca de una desesperada solución de la enfermedad que le estaba arrebatando la vida a Iván, quien empieza a consultar a cada médico prestigioso de toda Rusia en búsqueda de una explicación y un alivio a su enfermedad. Sin embargo, cada médico le respondía algo distinto. Ninguno fue capaz de identificar aquel sufrimiento que tanto lo agobiaba, y mucho menos de dar con la cura para ella. De la misma forma Tolstoi cuenta cómo empieza a buscar la respuesta a aquellas preguntas desde todas las ramas del conocimiento sin éxito alguno. Divide el conocimiento humano en dos especies de hemisferios. En un lado se hallaba las ciencias experimentales, en el que el punto más alejado del centro de ambos hemisferios o «polos» es la matemática. Mientras que, por el otro lado, se hallan las ciencias especulativas, en cuyo extremo más alejado está la metafísica. Descubre amargamente las cuestiones de la vida, mientras «Toda una serie de ciencias parecen no admitirlas siquiera, pero en cambio todas responden con claridad y precisión a las preguntas que ellas mismas se plantean» (Tolstoi, 1882, p. 20). Las otras «admiten la cuestión, pero no la contestan» (p. 20).

Al no hallar respuestas, la enfermedad los carcome por dentro; se vuelven taciturnos y muchas cosas comienzan a cambiar en su pensar. Empezando por su infancia, mientras antes solían ser sucesos efímeros, poco a poco terminan dándose cuenta de que «Allí, en la infancia, había algo realmente agradable que, en caso de volver, podría proporcionar un sentido a la vida» (Tolstoi, 2003, p. 64). Y que a medida que crecían sus momentos de felicidad empezaban a verse reducidos y reemplazados por momentos insustanciales y desagradables.

Gracias a esta reflexión, Tolstoi se percata de que hay aspectos positivos en la vida, que superan a la muerte y le quita el valor que le había dado durante su crisis, esto se ve claro en que a pesar de que Iván hubiese muerto, en sus últimas ideas retumbara la idea de que «La muerte no existe» y de que el miedo hubiera desaparecido de su ser en aquellos últimos momentos antes de fallecer.

Como puede verse, la obra de un creador no es más que una extensión de sí mismo; y a través de ella busca contarle algo al mundo. Se puede percibir desde el trabajo del creador al desarrollar su obra, o el sentido que quiere darle a su creación.

En el caso de Tolstoi, es claro que lo que pretende contar a través de la narración de un cuento cor-

to son de alguna forma los aprendizajes que tuvo durante su crisis, la claridad que adquirió sobre su comprensión de las cosas. La importancia que tiene este relato en la comprensión de la forma en la que el autor se ve a sí mismo es muy importante, ya que el texto cumple la función de ser una autobiografía dentro de una analogía, en la que entran en juego todos sus valores y percepciones que tiene de la sociedad en la que vivió, lo que nos permite reconstruir la incógnita de quién fue León Tolstoi, y por qué escribió lo que escribió.

Referencias

Tolstoi, L. (1882). Confesiones. Ciudad: Lectulandia.

Tolstoi, L. (2003). La muerte de Iván Illich. Bogotá: Norma.

Octavo Noveno

Andy Kaufman: ¿da risa?

Juan Francisco Gutiérrez Cortés
Noveno A

Buscando una película para ver encontré una del año 1999, protagonizada por Jim Carrey (uno de los actores que más he seguido, por películas como *Ace Ventura,* o del tipo *The Truman Show*). Este encarnaba al personaje sobre el que era el filme: Andrew Geoffrey «Andy» Kaufman, un comediante que había muerto 15 años antes de la filmación por un cáncer de pulmón. La película narra la vida de Andy desde el aspecto profesional e íntimo. Después de ver la película me dispuse a ver sus actos de comedia, y me di cuenta de que no era solo un comediante de los que siempre hemos escuchado, él llegaba más allá.

Su debut televisivo ocurrió en el año de 1975, cuando apareció en el programa *Saturday Night Live* en la emisión de su primer episodio, al cual lo invitó Lorne Michaels, director del programa y quien se volvería un éxito después de esa primera edición. Kaufman resaltó en el show por el acto en el cual ponía a sonar un vinilo al lado de él: era la canción de *El súper ratón*. Se quedaba quieto escuchándola y por esporádicos momentos hacía *lipsync* y lo actuaba con enorme emoción, después regresaba a estar quieto. En apariciones posteriores llegó en un esmoquin y leyó *El gran Gatsby* en voz alta. En otra simplemente cantó *El viejo Mc Donnald tenía una granja* con muchísimo sentimiento. Es entonces cuando nos preguntamos: ¿es realmente comedia?

En 1978 empezó una serie en la cual Andy era un conductor de taxi extranjero llamado Latka Gravas. Este personaje era sacado de uno de los *alter egos* que este creaba para sus números. El nombre se lo pusieron en el programa; previamente se le conocía solo como «El Extranjero». Realmente Kaufman odiaba este tipo de comedia *sitcom* pero estuvo obligado a aceptar el trabajo allí debido a su situación económica. Por el otro lado, el programa lo hizo aún más conocido. La serie se terminó en el año de 1983 ya con cinco temporadas.

Foto: María Cristina Rodríguez

Otro ejemplo de cómo nos hacía dudar de las barreras de lo cómico fue cuando lo invitaron al show de Letterman en 1980 debido a su aparición en el programa *Taxi*. Lo que destacó en esta entrevista fue que Kaufman llegó a aquella entrevista en harapos, con barba de tres días. Se le salían los mocos y comentaba que se estaba divorciando de su esposa. La interpretación llegó a tal punto que fue a pedirle dinero al público del programa, alcanzó a recibir dinero pero el mismo Letterman lo detuvo. Similar a esto sucedió cuando convenció a 2500 personas a comprar en el mismo café en Nueva York.

En 1979 ya en su novena aparición en el programa *Saturday Night Live,* volvió a desafiar los límites. Andy dispuso un ring de lucha en el escenario e invitó a las mujeres del público a luchar con él y si lo tumbaban el premio era de mil dólares. Lo que causó polémica fue que Kaufman, para provocar, creó otro personaje, este era misógino, brusco y realizaba comentarios acordes con la personalidad de este, como «las mujeres pertenecen a la cocina para pelar papas, fregar las zanahorias y criar al bebé». Las mujeres finalmente enfurecidas lo embestían y Andy las derribaba. Lo que sabían era que Kaufman había estado luchando contra mujeres desde antes como arte de su tour. Bob Zmuda un amigo y cómplice hacía las de referee. Luego Andy se autoproclamaría «campeón de lucha intergénero del mundo» y llevaría una camiseta la cual decía «*Intergender Wrestling Champion of the World*». Tiempo después, dijo que sentía que era un buen luchador y en 1982 Kaufman retaría a Jerry Lawler, un reconocido luchador. Andy provocaba a Lawler diciéndole, «Eres estúpido por ser de Memphis Tennessee» y «Yo soy una estrella de Hollywood y me debes respetar, yo sí tengo cerebro». Lucharían en abril de ese mismo año. Finalmente Lawler le haría una llave que le rompería el cuello a Kaufman. Seis meses después de esto se les invitó a ambos participes de la disputa a, otra vez, el show de Letterman, Andy llegó y corrió su silla con el propósito de alejarla de Lawler y tras una serie de insultos por parte del comediante, el luchador le pegó en el rostro. Kaufman sale del set corriendo, pero vuelve solo para insultarlo con múltiples palabras que no están permitidas en la televisión en vivo y luego echarle el vaso de agua del presentador encima a Lawler y huir otra vez.

Foto: María Cristina Rodríguez

Dicha diatriba fue tan obscena que la NBC (cadena que transmitía a Letterman) dijo no volver a transmitir a Andy Kaufman otra vez. Andy responde con un intento de demanda por doscientos millones de dólares que luego diría que con esa plata mejor se compraba el canal y lo volvería uno de lucha las 24 horas. Por desgracia para muchos fanáticos, diez años después de la muerte de Kaufman, Lawler confirma que todo era una puesta en escena y que realmente él y Andy eran amigos. Claramente era comedia porque Kaufman buscaba hacer reír a un público, pero en qué momento algo que podría ser tomado por un acto grave o mundano se convierte en un chiste, ¿es sólo cuando lo cuenta un comediante y el espectador lo califica como tal? Otra vez Andy Kaufman nos hace preguntarnos los límites.

El humor tiene carácter involuntario, el chiste, en cambio, es pensado con un propósito consciente.

Estos límites se vuelven subjetivos, dependiendo del «sentido del humor», por lo tanto, es imposible identificar algo chistoso (como chiste sí, porque esta calificación depende del objetivo del que lo diga o haga), ya que a muchos les pudo parecer estúpido y sin gracia el acto del tema del *Súper ratón*, y a otros muchos nos parece una genialidad. Y es que el humor se mueve dentro de un espectro, que es distinto en todos nosotros, claro, pero siempre se podrá reír de algo, ya sea un chiste sobre ¿qué le dijo una impresora a otra impresora? (¿ese papel es tuyo o es impresión mía? Por cierto), o un chiste que diga atrocidades sobre las mujeres o las minorías. Y eso es cuestión de criterio personal. Si te ofendes o te ríes depende de si consideras eso un tema delicado o no. Pero lo que hace Andy Kaufman es explorar fuera de las barreras impuestas de lo que era gracioso (no si era ofensivo), metiendo a

la gente como el chiste en variadas ocasiones, cuando «difumina» estos límites puede distorsionar la realidad e internarla en el humor de lleno o volver un chiste de algo con gran expectación a un final común y silvestre. A esto se le denomina *anti-humor* (un claro ejemplo de esto es el chiste de «¿Por qué la gallina cruzó el camino?»).

No existe tal cosa como el humor generalizado. No a todos nos parece cómico lo mismo, pero se han generado teorías al respecto. Muchos afirman que nos divierten las personas ridículas o los chistes excluyentes por un factor del sentimiento de superioridad que caracteriza tanto a los humanos. La teoría freudiana entonces expone que el humor es una suerte de mecanismo de defensa contra el sufrimiento, ya que es liberador y, por un instante, nos devuelve al «Yo invencible» mientras volvemos a afrontar lo terrible de la realidad. En el chiste participan dos sujetos comunes y un tercero simbólico (el lenguaje o la cultura) nos hace reír por un factor de identificación entre alguno de estos sujetos, pero entonces ¿por qué nos divierte el chiste de las impresoras o el acto del *Súper ratón*?

Referencias

Affleck, B. (2018). Andy Kaufman and Jerry Lawler on Letterman Full (1982). [Video]. *YouTube*. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=zxPtNUKptag

Arte España. (2005). Arte contemporáneo: Dadaísmo. Arte España. Recuperado de https://www.arteespana.com/dadaismo.htm

Barrera, A. (2017). La crueldad. *ProDavinci.* Recuperado de http://historico.prodavinci.com/blogs/la-crueldad-por-alberto-barrera-tyszka/

Carson, J. (2011). Andy Kaufman Impersonates Elvis Presley and Foreing Man on Johny Caron's Tonight Show. [Video]. *YouTube*. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=r59AWfhwpPg

Chiari. M. (2012). Jerry Lawler and Andy Kaufman: One of the Greatest Feuds of All-Time. [Blog]. Recuperado de https://bleacherreport.com/articles/1339907-jerry-lawler-andy-kaufman-why-their-feud-was-one-of-the-greatest-of-all-time

Cómo ser grosero e influir en los demás: Memorias de un bocazas. Lenny Bruce. 1967.

IMDb. (s. f.). Andy Kaufman (I) (1949 – 1984). IMDb. Recuperado de https://www.imdb.com/name/nm0001412/

Prieto, D. (2015). Los límites del humor. *El Mundo*. Recuperado de https://www.elmundo.es/cultura/2015/07/02/559482c746163f03438b45a9.html

Rubio, J. (2015). Por qué nos reímos cuando alguien se cae. Verne. Recuperado de https://verne.elpais.com/verne/2015/03/03/articulo/1425382638_380581.html

Szabó, D. (s. f.). *Humor y psicoanálisis: un asunto serio*. Ciudad: Editorial.

VerbicideMag. (2015). Andy Kaufman "Mighty Mouse" Bit. [Video]. *YouTube*. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=EJi6nyW6faA

YourEternalDestiny1. (2014). Jerry Lawler Shoots on the Andy Kaufman Feud. [Video]. *YouTube*. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=KxfrAV_NS_g

Un juego sencillo no es un juego simple

Juanita Urdinola
Noveno B

Google Chrome es un navegador web creado por la compañía del buscador web Google. En este navegador, cuando no hay una conexión a la red wifi disponible, aparece el logo de un dinosaurio anunciando que no hay una conexión a internet. Esta imagen que aparece no es solo un logo, es una sorpresa, o como fue llamado por sus creadores, un *easter egg* 1 en forma de juego en el navegador web. Se trata de un juego que puede ser activado cuando no hay internet. Es sencillo; solo se debe oprimir la barra espaciadora del teclado para iniciarlo, una vez comience solo se deberá esquivar los obstáculos haciendo saltar o agachar al tiranosaurio protagonista mientras corre sin parar.

Los creadores de este juego fueron tres empleados de la empresa Google, Sebastien Gabriel —diseñador—, Alan Bettes —diseñador visual— y Edward Jung —ingeniero UX—. La idea del pequeño *easter egg* surgió en 2014. Los diseñadores empezaron a trabajar en este proyecto, el cual nombraron *Bolan*, por el cantante Marc Bolan de la banda setentera T-Rex. Querían que el juego hiciera referencia a los «tiempos prehistóricos» en los que no había internet, comentan los creadores en su reciente entrevista con Google. De esta idea también surgió el deseo de un diseño retro y rígido para el juego, como el de los antiguos videojuegos; esto se juntaba con el diseño pixelado que ya tenían otras ilustraciones de «error» de Google.

Este juego es un producto directo de la era *videosférica*. El concepto de «la era *videosférica*» es desarrollado en el artículo de Mónica Cuervo (2001), «Los videojuegos a la luz de la historia del juego y el juguete». En este artículo Cuervo menciona la mediología según el filósofo Règis Debray, la cual ve la historia atravesada por la tecnología y cultura y la divide en tres eras de «tecnologías de transmisión», la logosfera: era de teología y de escritura; la grafosfera: era de imprenta, las naciones, sus ideologías políticas, leyes y el nacimiento de la industria; la videosfera: era audiovisual de opiniones e individualidad y capitalismo establecido.

Mónica Cuervo (2001) explica cómo la cultura capitalista del periodo videosférico dio paso a la industrialización de la cultura por medio del análisis de la cotidianidad del consumidor. Así se empiezan a desarrollar nuevos juegos y juguetes únicos del periodo videosférico, ya que el juego es algo tan intrínseco del ser humano que, con la llegada de la industrialización, se vio como un elemento ideal para comercializar. El artículo habla del juguete en los comienzos de la industrialización —era grafósfera— y cuenta lo que pasó con este y como se fue volviendo de una manufactura familiar a un elemento coleccionable, con una necesidad estética. El juguete se ha ido desarrollando por esta línea y ahora, en la era videosférica, sigue estos códigos de cultura y estética industrializada.

El dinosaurio de «sin conexión a internet» sigue esta línea junto con todos los otros videojuegos, cumpliendo el «estado seductor» propio de la videosfera. Pero este juego en particular logra cumplirla incluso mejor que los otros, porque recurre a una estética y un formato de juego antiguo por elección, no por obligación. En el artículo mencionado, Cuervo (2001) habla brevemente de la historia de los videojuegos y de las consolas, de cómo los primeros tuvieron un diseño pixelado, simple y poco llamativo, y cómo a medida que avanzaba la tecnología en esta área del juguete y el juego tecnológico se fueron mejorando, aho-

1-Traducción «huevo de pascua», palabra que, además de su significado literal, también es usada para nombrar un detalle o elemento inesperado en un software, juego o video, que es incluido como un chiste, una referencia o un bonus.

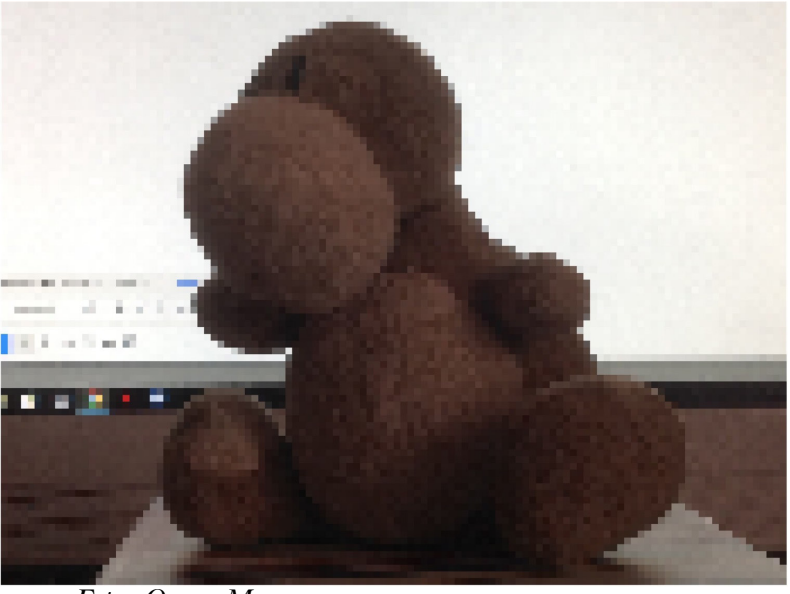


Foto: Oscar Mora

ra incluso con personajes simpáticos que ya no recurrían a la violencia explícita para entretener. El juego del «dinosaurio sin conexión a internet» recurre intencionalmente a gráficos arcaicos, a un personaje sencillo, un control básico y una historia que se entiende sin necesidad de explicación, lo que hace esto es generar el mayor llamativo que el juego puede tener: su sencillez voluntaria.

Desde su lanzamiento en 2014 con su primera versión, el juego se popularizó. Hoy en día se juegan aproximadamente 270 millones de partidas todos los meses tanto en dispositivos móviles como en computadores. Gracias al gran agrado por parte del público, se han hecho actualizaciones y adiciones a la primera versión, como la presencia de pterodáctilos como obstáculos y un «modo nocturno» en el que la pantalla se oscurece distrayendo al jugador. Otra actualización se le hizo en la semana del 6 de septiembre del 2018, como celebración del décimo aniversario de Google: se agregaron globos en el fondo con las nubes y un pastel de cumpleaños que, una vez atrapa el dinosaurio, le sale un gorrito azul en la cabeza.

Esta actualización, así como sus pasadas actualizaciones, propone un obstáculo más, un detalle mínimo que logra tomar desprevenido al jugador y lo hace perder cuando menos se lo espera. Este nuevo detalle es mucho más minucioso que los anteriores ya que cumple exactamente la misma función, pero deja al jugador mucho más perplejo e intrigado, todo esto conservando su esencial sencillez.

Antes de la exposición de mi teoría pido al lector que si no ha jugado recientemente el juego del dinosaurio se tome el breve tiempo de hacerlo en este momento para la mejor comprensión de este ensayo. Solo deberá apagar su conexión a internet un momento y entretenerse un rato.

Ahora, lo que sucede con este reciente cambio al juego es lo siguiente: una vez el dinosaurio tiene el gorro de fiesta azul todo cambia, esto se nota cuando el dinosaurio se tiene que agachar para pasar uno de los pterodáctilos voladores y, justo cuando va a pasar por debajo, se para y acaba el juego. Esto sucede solo con los pterodáctilos que se encuentran a cierta altura, ni tan bajos ni tan altos, cuando está en la justa altura y el dinosaurio con gorro de fiesta azul va a pasar por debajo de él, aunque se esté oprimiendo el botón para agachar, el dinosaurio se va a parar.

Esto no es, de ninguna forma, un error: el juego busca intrigar al jugador. A primera vista el juego parece simple, sin mucho trasfondo o complicación. Su elemento más llamativo no es cuestionado o tomado en cuenta, se da por sentado. El juego es asumido simple, de gráficos arcaicos: un personaje sencillo, un control básico y una historia fácil porque no hay conexión a internet, porque quizá no se podía hacer un juego más «elaborado» que funcionara sin internet, pero nunca se piensa que todos estos elementos son una elección y no un parámetro impuesto al que el juego se tuvo que adaptar. Por tomar este juego por sentado es que sus jugadores piensan que nunca buscará confrontarlos con un obstáculo tan pequeño e inesperado, no es un juego simple, y no lo es porque se eligió voluntariamente que fuese así esta actualización. Aunque a primera vista sea tomado como un simple error es lo más lejano a eso. Este giro hace que el jugador se cuestione, repitiendo una y otra vez la partida y comprobando que no ha sido su culpa perder, haciéndolo indagar e intentar diferentes formas en las que puede superar al mismo juego, pero no por hacer más puntos, si no por no morir cuando el dinosaurio se para en contra de la voluntad del jugador.

Esto lo sé porque conduje, junto a las jugadoras Violeta Medina y María Antonia Plata, una investigación de esta naturaleza. Tras incredulidad y numerosos procesos de prueba y error logramos

descifrar que el pequeño dinosaurio solo se choca con el pterodáctilo cuando usa el gorrito de fiesta azul adquirido por el pastel. Es entonces cuando el pastel es visto por lo que realmente es: un obstáculo más. Este recién descubierto obstáculo tendrá que ser saltado por el resto del juego, pero una vez resuelta esta investigación se saboreará victoria en el primer pterodáctilo que pase cuando el dinosaurio sea agachado y no se pare.

Una vez hecha esta observación, es seguro decir que estas actualizaciones le agregan un nivel de mayor dificultad al juego, un nivel de dificultad que el jugador estará determinado en superar. El juego inevitablemente sigue los códigos de la era videosférica, la necesidad ya mencionada de llamar la atención y la búsqueda constante de innovación.

Aunque el juego siga la ya mencionada «línea de desarrollo» del juego y el juguete videosférico industrializado, logra mantenerse en lo que Cuervo (2001) llama la «era de la fidelidad y de la inspiración». Ella dice que por el afán industrial de una imagen artificial muchos juegos se vuelven simples productos y pierden esta fidelidad e inspiración, que es lo que en verdad debería impulsarlos a innovar. El juego del «dinosaurio sin conexión a internet» conserva estas características porque, al ver el gran impacto del juego y el potencial comercial que tenía, decidieron abrazar la sencillez con la que fue ideado y hacer de esta su característica perseverante a través de todos sus cambios.

Elementos de distracción como el cambio del color de la pantalla, aparición de nuevos obstáculos y la desobediencia al control por parte del dinosaurio son detalles mínimos, pero a su vez se vuelven el foco de atención y cuidado.

Ya analizada la estructura del juego, y habiendo concluido que logra romper barreras y códigos establecidos en la era videosférica —de la que, de todas maneras, forma parte—, se puede ligar y analizar su voluntaria sencillez y sus razones de ser así, mencionadas por sus creadores, a una frase que escribe Cuervo (2001) en su artículo: «La era visual se convierte en un círculo vicioso donde ella se encuentra y quiere encontrarse en todas partes». En el contexto de análisis del juego del «dinosaurio sin conexión a internet» esta frase señala la curiosa idea de esconder un juego en un lugar tan específico, donde no es necesario un juego pero igual es colocado ahí. Esto abre paso a la pregunta ¿es tan intrínseco el juego a la naturaleza del ser humano que este busca esconder juegos en cualquier rincón para ser encontrados en cualquier parte? Y, una vez encontrados estos juegos escondidos, el ser humano parece fascinado por ellos, o por este en específico. La naturaleza lúdica del humano y la cuidadosa estructura de este juguete congenian y se llaman, tanto que en el momento en el que no hay una conexión a internet el ser humano no siente una desilusión total, si no que, en parte, se encuentra aliviado de poder tener por lo menos este juego a su favor, un pequeño consuelo. Y lo que empieza así se puede llegar a convertir en numerosas apasionadas partidas: un cuidadoso análisis o, incluso, en las ganas de escribir todo un ensayo hablando del juego en sí mismo.

Referencias

Anónimo (2018). As the Chrome Dino Runs, We Caught up With the Googlers Who Built It. *Official Blog Google Chrome*. Recuperado de https://www.blog.google/products/chrome/chrome-dino/

Cuervo Prados, M. (2001). Los videojuegos a la luz de la historia del juego y del juguete. *Signo y Pensamiento,* 20 (39), 54-64. Recuperado de https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/signoypensamiento/article/view/2941

Tinto mañanero

María Antonia Plata García
Noveno A

En Colombia, y sobre todo en Bogotá, el café se toma porque responde a necesidades importantes: despierta a los dormidos y calienta el frío mañanero.

Considero que el café es un gusto adquirido que se consigue con la edad. La gracia de adquirir un gusto es por supuesto que te termine gustando. Con el café el objetivo no es ninguno diferente al del proceso de degustación. De este proceso se pueden apreciar distintas etapas. La relación de la persona con el café está subdividida en periodos muy precisos de edad, de años.

La primera etapa, de los cero a los ocho años, está marcada por una repulsión del individuo hacia el café. Este, con solo haberlo probado una vez, se ha prometido no volver a saborear dicha bebida café y amarga. La segunda etapa, la de la segunda oportunidad, se da entre los ocho y los catorce años, cuando el individuo empieza a querer ser parte. En esta ocasión el joven volverá a tomar café sabiendo que le va a volver a saber igual de amargo que antes, pero esta vez, obligándose a sí mismo a que le guste, para impresionar a sus padres y a sus compañeros. La tercera y cuarta etapa son algo borrosas entre ellas, ya que ninguna tiene un límite definido. La tercera etapa, de los quince años en adelante se caracteriza por ser la etapa de la necesidad. El joven tomará café, ya no por ser aceptado sino porque lo necesita; tomará café por la mañana porque, o si no, se dormirá en clase, y tomará café por la noche porque no encontrará otra manera de mantenerse despierto para acabar las tareas. Esta etapa se acabará cuando el individuo pueda ordenar su vida y no dependa del café para que funcione. La característica más importante que marca el fin de la tercera etapa sería la llegada a la cuarta etapa, a la meta, cuando al fulano le empiece a gustar el café y lo tome por placer.

En nuestro colegio, las tres primeras etapas se alcanzan a desarrollar, más que todo, la segunda, entre los estudiantes de once o doce años los que quieren ser grandes y pertenecer. En el colegio se vive un periodo de transición sustancial para los estudiantes, cuando se pasa de primaria a bachillerato, de quinto a sexto. Este cambio forma parte importante de la creación de identidad de los preadolescentes, un ascenso de estatus, un cambio de entorno. En la Unidad Pedagógica esta mudanza trae consigo otros tres rituales que marcan el paso: el cambio de jardinera a falda —en el caso de las niñas—, el inicio de las calificaciones y el privilegio de tomar café por las mañanas.

En un ensayo de Antonio Nogués para la universidad, Miguel Hernández explica el tema del ritual como proceso. Da a entender cómo las diferentes maneras de estar y representar el mundo respon-

Fotos: Paula Medina y Salomé Carrillo
Edición: Oscar Mora

Fotos: Paula Medina y Salomé Carrillo
Edición: Oscar Mora

den a distintas maneras de pensamiento, es decir, cada cultura contesta a sus creencias con sus respectivos rituales. Más adelante aclara que si bien los ritos son reacciones a las creencias, la mayoría de los rituales manejados regularmente hoy día son de carácter «laico» en cuanto a que no responden a una religión específica, sino que parten desde uno mismo.

Más adelante en el texto, el autor hace una «interesante reflexión» en la que habla sobre la contradicción que se presenta en la cultura Occidental, donde la llegada de la adolescencia —la cual es una etapa tan importante y conmovedora— no ha generado un nuevo ritual. Aquella afirmación me dejó pensando en nuestros rituales, los que necesitamos para ser aceptados, como bañarnos, cepillarnos los dientes, cortarnos las uñas y demás, todos estos relacionados con el cuidado personal. Con esta idea se me vino a la cabeza la imagen de Juan Carlos Bohórquez diciendo que nos bañáramos porque olíamos maluco y todos lo notaban cuando no lo hacíamos; son hábitos que interiorizamos para que nos acepten y en los que nos fijamos para aceptar. Así mismo sucede con el café en el colegio.

El fenómeno del tinto en la Unidad se ha convertido en una actividad que mueve masas, filas interminables de personas esperando para saludar a Estelita y servirse un tinto verracamente caliente que, esperan, les dé la energía para prestar atención en clase o para dar la clase. Este acto realizado por el sujeto para llegar al tinto se podría calificar casi como un acto de sacrificio, en el que la persona enfoca su esfuerzo para conseguirlo. Antonio Nogués habla del ritual como la unión entre las dos maneras de entender el mundo: la sagrada y la profana. A partir de esto uno se pregunta ¿de qué manera se juntan lo sagrado y lo profano con el consumo de café en la Unidad, si esta misma se reconoce como una institución no confesional? En principio, la idea de que la Unidad no profese ninguna religión no quiere decir que no le dé espacio a lo sagrado, pero más allá de esto la respuesta recae, desde mi punto de vista al inicio del texto, donde Nogués compara lo religioso y profano con lo estético e instrumental, hablando de lo estético como aquella acción que se realiza con ningún otro objetivo además del placer que nos produzca realizarla y lo instrumental como esa acción que se hace con algún otro fin ya sea monetario, de intereses, entre otros. Es decir que por lo que pasan o pasamos los estudiantes en la Unidad se reconoce como la unión entre lo estético y lo instrumental, o sea entre el placer que nos traiga el tomar tinto y la necesidad que veamos en este fin (en la segunda etapa, por ejemplo, sería la aceptación social).

A diferencia de los judíos con el Bar Mitzvá, o los inuit que salen a cazar, los estudiantes del Colegio Unidad Pedagógica contamos con un ritual de paso a la «adultez» más amigable: tomar tinto. El estudiante se prepara con antelación para aquel acto y pide a sus padres escribir una nota donde lo autoricen a tomar café por las mañanas, si lo logra, el estudiante guardará la nota como su tesoro más preciado en su maleta, al siguiente día estando ya en el colegio el estudiante esperará hasta tener un grupo numeroso de compañeros con el mismo objetivo que él, llegando a la casita rosada todos sacarán sus notas con cautela cuidadosos de que no se les note el entusiasmo, después harán todos la larga fila, se servirán su café sin azúcar para demostrar que no la necesitan y saldrán caminando de allí victoriosos con su tinto en mano nerviosos de no regarlo. Una vez en su salón lo probarán y se darán cuenta de que no les gusta, pero ni un poquito y como obligados se lo tomarán despacio, sorbito a sorbito como quien no quiere la cosa, y

así, durante todo el año el estudiante se acostumbrará al café a regañadientes, para luego tomarlo por necesidad y mucho después por placer.

En el colegio se vive en un revoltijo de las cuatro etapas entre jóvenes y adultos, cada uno usualmente suele saber bien en qué etapa se encuentra y actúa a la par con esta. Esta organización jerárquica ascendiente da orden. El que más arriba está es el que se desprendió de lo instrumental y abraza lo estético, normalmente un maestro que se escapa tres minutos a tomar café, a veces por gusto y otras por el ritual que comprende lo estético y bello desde una rutina. Mientras tanto, el joven tiene miedo, como lo describe Jairo Aníbal Niño en su pregunta: «¿Miedo? El sueño es un niño que tiembla de miedo porque cree que debajo de la cama vive una taza de café».

Yo también me muero de miedo con una taza de café bajo la cama ¿quién no? La taza de café es el símbolo más retador que comprende la historia de Colombia desde todos los aspectos tanto económicos como culturales y que con estos esculpe nuestra identidad. Qué miedo.

Hay quienes sucumben ante la retadora taza bajo la cama y se escapan del embrollo con un simplón, «A mí no me gusta el café». Yo no les creo. Un tema tan importante no puede ser explicado en menos de dos párrafos y menos con un «es que es muy amargo» porque que no haya encontrado cómo le gusta tomárselo es otra cosa. Tener miedo está bien, pero no enfrentarse a la taza de café porque es muy amarga es de cobardes. Cada cual sabrá cómo sacar la taza de debajo de la cama a su manera, pero todos la tienen que sacar. A mí, por ejemplo, me gusta el café con mucha leche y mucho azúcar, casi como un *Chocolisto*, pero de que es café es café.

Salvia divinorum

Rosa Pérez
Octavo B

Llevo ya un tiempo acá. Este Nuevo Mundo es algo que jamás había visto. Siento la hierba salvaje tocando mis pies descalzos, la brisa acaricia con frescura mi rostro desnudo limpiando el aire que respiro. No tan lejos se encuentra la puerta a la selva, la entrada se delimita por una fila de árboles que ni siquiera yo, con mis años de experiencia reconozco. Se asoman uno a uno y crecen en perfecta armonía en su lugar.

Insectos de estruendosos colores pasan al frente de mis narices, escucho su leve y suave zumbido que sucumbe ante la caída del agua que pasa por el riachuelo de al lado.

— ¡Rivera! —me grita Díaz.

Se rompe el silencio, pero hago como si no hubiera escuchado; no quiero regresar. Al menos no todavía.

Pasan unos minutos y regreso.

El campamento está dividido en tres partes; la de los zopencos y la de los doctos y una zona común establecida en el centro del campamento.

En la primera parte los hombres con entrenamiento militar hacen ruido y vociferan toda clase de estupideces. Resuenan las risas al otro extremo del campamento, mientras, en este lado, reina el silencio y el orden.

Con las últimas horas de la tarde, nos preparamos para ir en encuentro de los indios para establecer la tregua. La expedición va liderada por el capitán Hernán Cortés y lo acompañan veinte hombres de ambos lados del campamento; quince pertenecen al lado de los bobos, todos ellos altos y musculosos armados hasta los dientes y cinco al de los buenos; todos cargando libretas y cuadernos.

En realidad, nosotros no somos más que un estorbo para ellos, vamos de espectadores. Los bobos, por otra parte van con todas las intenciones de acabar con todo; van a difundir el miedo y a dejar un rastro de desgracia en tierras indígenas.

Durante el camino el piso desnivelado, lleno de piedras, desprende un olor a breña quemada mientras nos abrimos paso con las manos entre la selva. Los árboles gotean el rocío que quedó tras las lloviznas que azotaron hace algunas horas. Una gota fría me cae en la frente y resbala por todo mi pómulo. El día húmedo y caluroso hace que el camino se haga cada vez más largo.

Al salir de la selva, nos acaricia una tibia brisa húmeda que nos refresca de pies a cabeza. Divisamos unas cabañas organizadas en torno de un gran tronco alto tallado.

El bullicio de ambos bandos, los nativos y nosotros, cesa luego de un rato. Ambos grupos se encuentran separados por el líder local, casi desnudo por completo, con tan solo un trapo cubriendo su sexo y este aún más alto y musculoso que los bobos. Un muchacho, igual de alto y musculoso, moreno, de ojos rasgados y cabello tan negro como la noche, nos entrega un bastón cubierto por un forro tejido en hilo rojo y agacha su cabeza en señal de agradecimiento. Ambas tropas se dan la espalda mirando al camino por el que llegaron.

En ese mismo instante, de espaldas y girando rápidamente, uno de los brutos, Jorge Díaz despide un espantoso grito que desata una lucha entre nuestras tropas y los nativos.

Cuerpos pálidos se abalanzan sobre siluetas color canela formando un repertorio visual de tripas y extremidades diseminadas a lo largo del claro. Los sonidos de lanzas y armas atravesando cuerpos humanos me ensordecen los oídos. Un indio intenta escabullirse por entre dos de las cabañas pero uno

Foto: Salomé Carrillo

de los brutos lo alcanza con su arcabuz. Lo primero en tocar el suelo son sus rodillas que apoya contra menudencias de su propia tribu. Finalmente su cabeza retumba en el suelo, su cola de caballo rebota en su espalda baja y la punta se pierde en la oscuridad de la sangre derramada sobre la tierra rojiza.

A última hora, la batalla termina. Abandonamos el centro indígena dejando los rastros de un horrible cuadro rojo empapado de violencia. Mañana volveremos con el equipo de excavadores.

Al otro día me despierto como de costumbre a la salida del sol y vendo mis senos con un trapo casi por completo hecho añicos. Bajo mi blusa de nuevo y me vuelvo a la cama.

Tiempo después, cuando se empieza a sentir movimiento en el campamento, recojo mi pelo con un pedazo de tela, enrollo un par de medias y las acomodo en mis bragas blancas, me pongo un pantalón burdo y salgo a la zona común. Al término del desayuno decido explorar la zona. Parto no muy lejos del campamento con mi libreta de estudio y mi lápiz.

En el camino, observo las mariposas en abundantes colores que se juntan en arbustos, para luego salir volando espantadas a borbotones, hasta desaparecer en el profundo azul del cielo. Hace un calor infernal que me termina de desabotonar la camisa de lino, dejando a la vista la venda que llevo en el pecho.

Al llegar al lugar, me siento en la tierra con las piernas cruzadas en un sitio húmedo y sombreado. Observo a mi alrededor la vegetación que florece con las primeras horas de la mañana. Las plantas que me rodean son coloridas y resaltan sobre la flora que hay en España. Sus hojas son sorprendentemente grandes y con patrones diferentes. Arranco una hoja con mi mano derecha y la acaricio con mis dedos, es especialmente suave y cubierta de vellos ligeramente blancos. Sus flores peludas por igual, son blancas con matices violetas en verticilo. Registro en mi cuaderno las apariencias de esta, tomo algunas muestras más y las guardo entre una página y otra de la libreta.

Me abotono la camisa y regreso al campamento. Desde lejos se escucha el perturbador ruido del lado de los brutos. A medida que me acerco los veo mirando burlonamente mi rostro femenino

— ¿Qué os miras, maricón? —dice uno de ellos, entre las risas de sus compañeros.

Sin prestarles atención, voy a mi cabaña y dejo sobre la cama el cuaderno. Intento concentrarme en el desarrollo de mi investigación.

El campamento está sometido bajo una ola de enfermedades desconocidas por nuestro grupo médico.

Se tratan los mareos y la sudoración con trapos calientes y sangría, pero lo único que provoca esto es un aumento en los mareos y en la fiebre. A falta de una cura, el último recurso que los desesperados médicos usan es la oración, pues solo la fe podrá sacarlos del delirio.

Apenas siento su olor, lo asemejo al de la menta pero más sutil. Me mata la curiosidad, mastico una hoja para ver qué tal sabe. Su sabor amargo impregna mi boca con una desabrida sensación de sequedad. El tiempo se vuelve lento y silencioso, siento como si algo me estuviera tapando los oídos fuertemente como si tuviera la intención de aislarse del resto del mundo… los colores tienen forma y puedo sentir la respiración y el corazón del resto del campamento.

Evidentemente los delirios no desisten, pero la fiebre y el vómito han parado milagrosamente.

Mi amigo Francisco Hernández, médico que ha basado sus estudios en plantas medicinales indígenas, me ha recomendado preparar un té con la planta, para que el efecto alucinógeno de la planta se regule. Preparo una olla con agua y la pongo a calentar sobre leña. Al hervir, despedazo unas cuantas hojas y tapo la olla. Luego de un rato de haber dejado en reposo el té, bebo un poco de la olla y los síntomas del virus, que ya estaban empezando a hacer efecto en mí, desaparecen por completo.

Jorge Díaz, resguardado en las oraciones que le han recetado, no se demora en responder con su característico aire escéptico cuando le ofrezco un poco del té. El resto del campamento hace filas cubierto con mantas detrás de las muchachas que van pasando de una en una los pocillos calientes con el medicamento.

Poco a poco, días después se pueden empezar a ver las mejoras en los enfermos y finalmente, arrastrado por sus compañeros, Jorge Díaz deja a un lado su orgullo y bebe el té. Al poco tiempo se empieza a sentir cada vez menos mareado y el sudor que en un comienzo le cubría el cuerpo como una capa pegajosa, desaparece.

Ya ha pasado un tiempo desde la epidemia de la que aún no se sabe el causante y de la que los médicos que trajimos con nosotros tampoco pudieron descifrar y de la que solo pudo salvar a la tripulación aquella planta regalo de los dioses.

Pragmatismo liberal

Samuel Díaz
Octavo B

Mi memoria eidética permanece… el hedor que emanan los acogedores puestos del mercado de telas de *Hertogenbosch* remiten a este momento de licnobio. El conticinio marginado de la adusta Campiña de Brabantina transpira epopeyas que recitan extensos poemas a su tierra, honrando a su desdichado feudalismo famélico basado en una idea de mansedumbre que aliena a los habitantes de este bastardo paraje romano. Mi pléyade familiar rescata el sempiterno tormento hacia los impotentes plebeyos.

La puesta de sol envuelve mi mente en capas de incoherencias amorfas que evitan que salga a flote mi instinto artístico proporcional, mi vista se torna borrosa junto con mis doctrinas, este pequeño ecúmene rodeado de circundantes bloques de carne sucumbirá ante el progreso titánico de la infamia. La cólera de los desdichados esclavos no quedará impune en las bifurcaciones del sufrimiento. La libertad debe impartir de las provincias desconocidas, plagadas de la irracionalidad y desproporcionalidad.

Mis ansias se manifestaban en sueños aletargados causados por la árida de visión de Tundal, aquel agrietado panfleto en el que Dante Alighieri basaría su más aclamada obra, *La divina comedia*, en la que se imponía la gemación de un cielo abuhado, del cual provenía un ángel desplumado abriendo sus alas vívidamente apuntando hacia mi dirección queriendo advertirme, pues, a mis espaldas se hallaba una criatura embalazamada en una sopa efervescente de tonos florecientes punzando mi hombro; sugestionándome en un mundo donde la equidad se deriva de la melancolía, donde cada individuo fomenta su propio sultanato a partir de la enajenación de su propio razonamiento. Una sinfonía caótica que complementa, en su totalidad, a la simetría y belleza del humanismo.

Durante mi nostálgico acmé artístico, mi mentor especializado en escultura, Adrian Van Wesel, me inculcó una perspectiva ante la anatomía de otras razas, de mundos ajenos a los mundanos, provenientes de parajes oníricos y travesías por el purgatorio que me permitían someterme a los ojos del diablo y a los vasallos del propio. Adrian postulaba que fui palpado y degustado por el caos y como descendiente debía plantar el verdadero rostro de la humanidad; la infamia. Tenía que dejar de especular las entelequias de mi obra maestra; el *Jardín de las delicias* con sus helechos de jolgoriosos nobles sumidos en paramos asexuados fragmentaba mis dudas en la gélida piel blanca de los aristocráticos que con sus armoniosos orgasmos susurraban las palabras de la noble Casa de Nassau, «Será un ícono de la utópica Alemania, un patrimonio digno de una nación burda compuesta por una clase ociosa que con sus orgías tiránicas reinarían un cielo e infierno».

Junto con los cantos de ocas y aullidos de nobles que imploraban el apogeo del arte Aken. La emancipación por los intereses marítimos empezó a brotar, *la visión de Tundal*, me brindó el astrolabio, un plano estelar que carece de indeterminaciones e imprecisiones que además me da un paneo general de las vías de comercio y milicia, procurando evitar conflictos bélicos con la explotación de las tierras del «Nuevo Mundo».

Recurrí al «Ciclo de financias». Como prueba fructífera; la clase ociosa del ducado de Brabantina no auspició mi tripulación. Me veo obligado a recurrir a la venta de Beujolais nouveau; un translucido vino de joven color rosa-purpura proveniente de los húmedos viñedos de Beujolais, «proclamado como el néctar de Francia». La propiciación de esta bebida patriótica industrializa algunos frutos perfumados por el Mar Mediterráneo exportados de la Florida, esto conlleva a mis intereses hedonistas a brujulear con los catadores confiscados por Fernando de Toledo, basado en órdenes del cultiparlante «Prudente» de España, con el fin de experimentar este mundo bisoño y sus habitantes nómades.

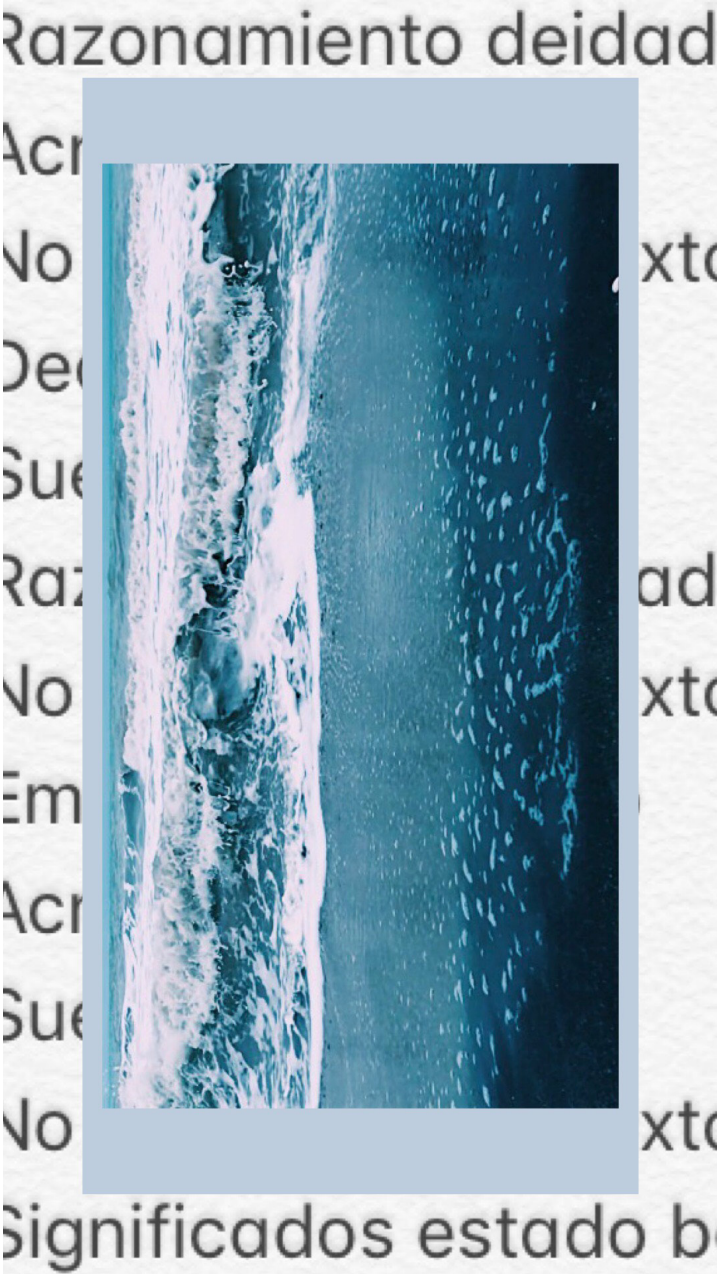


Foto: Mariana Echeverry

Con la cultivación de mis bienes marítimos, la devaluación monetaria me permitió acceder a un barco atado de roble óptimo para el navegamiento por el inmemorable océano atlántico. Esto considerando que la perfilada proa brinda refuerzo de la estructura del propio medio, un medio de seguridad para los manuscritos sagrados de los poetas caídos; mi único artefacto que se opone ante el adversario complejo de corsario; la demencia.

Los rústicos artefactos de oro y maravillosas fuentes hídricas nublaban la vista del explotador común francés y español. Sin embargo yo difería de los monopolios, observaba la influencia espiritual que conllevaba al abandono carnal mediante sacrilegios pagados con la sangre de las almas laceradas.

Aun estando sentado en el rechinante busto de roble, mi esencia permanecía impregnada al marginado pueblo brabantino. Mi cognición se abstraía a las atmosferas que atormentaban el silencio y la calma; ansiedad abstracta que era manipulada mediante divagaciones que sobrepasaban los límites de las mitologías de la santidad. Mi razonamiento se delimitaba a relatos empedernidos en tribus y culturas inmemoriales. Aquellas divagaciones encriptadas en mi cráneo, se repetían recordando mi objetivo, la premisa de mi travesía; «Las tropicales tierras del Nuevo Mundo me llaman, los aborígenes añoran el rompimiento de las cadenas, mi tropa y yo, junto a ámbares azucarados, seremos Jasón y los argonautas en busca del vellocino de la discordia. El poder de los límites artísticos será relativo a los estilos culturales transatlánticos».

La sinfonía marítima era mi guía; los esporádicos choques de la corriente en las asoleadas rocas golpeaban contra mis tímpanos. La sed artística se hacía más presente, componía el atravesamiento de los estrechos bosforos de América. Esperando a ser recogido por unos de los ángeles melancólicos de Alberto Durero, yacía en las costas del Neotrópico, siendo observado por los aborígenes como un ser de dialectos y vestimentas desconocidas, un mensajero de sus imponentes deidades, un simbionte que devoraría su cultura.

Comprimí sus tradiciones en el lienzo considerando que era representante de un caucásico, un detonante de su tranquilidad, una protuberancia del edén. El némesis de sus sagradas tierras. Alimentándome de sus exóticas profetizaciones; constituí un paraje impregnado de desgracias, un estilo artístico digno de proclamarse Gótico; La caída de Dios, confinaba elementos visuales y olfativos, que se derivaban de los pastosos y decaídos pigmentos. Estos se escurrían en los rostros de los aborígenes, que estremecían a los cielos con sus llantos y manos ampolladas. *El cumulonimbo* denostaba la ausencia de luz, reflejaba el desprendimiento del pudor. No hay rasgos de civilización, solo hombres que desean escalar la cúspide del placer eterno.

Mi perspectiva ajena está vinculada al inminente diluvio. Mientras perdure mi lucidez, estancado me encontraré en las divagaciones del hombre primitivo; aquel primogénito autor de la estructuración

que tomamos por «orden». La cuna del arte es más que un discurso judeocristiano, es la síntesis de la belleza humana; la constitución de la imperfección que transciende a la belleza. El conocimiento es la inmersión en la compleja vida y naturaleza.

Humanistas de la península Italiana:

Escuchen el campanear de la doctrina artística. Nuestros ancestros greco-latinos oyen vuestras plegarias, no sucumban ante la hipocresía; surgirán los indicados. Los impresionistas se verán presentes en las oleosas estepas que convergerán en aquellas adversidades que se presentan, al plasmar, las faunas intelectuales del hombre.
Ha ven prontamente impresionismo amado, para salvar las gotas de los desamparados

La búsqueda inmortal de los mortales

Gorka Amuchastegui Tobon
Octavo A

Mi nombre es Aitor de Amutxastegui y Morelli, hijo de Pedro de Amutxastegui y Emilia de Morelli, y en este, espero breve relato planeo contarte el transcurrir de mi vida hasta alcanzar y completar la búsqueda inmortal de todo mortal.

Yo nací el bienaventurado día primero de abril del año mil quinientos sesenta y ocho en el caserío de Amutxasteguizar, propiedad de mi padre.
Nacido yo a viva imagen de mi padre, Don Pedro de Amutxastegui y fruto de su copulación con Emilia de Morelli, prostituta de las altas provincias italianas.

Mi madre, Dios la tenga siempre en su gracia, murió el día mismo de haberme dado a luz, y quedé yo desamparado y sin madre, por lo que mi padre me llevó a su hogar con su esposa legitima, Marina de Gallaiztegui.

La esposa de mi bien amado padre era una mujer recia y orgullosa, pero aun sabiendo que yo era hijo de un engaño, no pudo abandonar a un niño y con su sabia ternura, me crió durante los años por venir.

Al cumplir yo los diez en el año de mil quinientos setenta y ocho, mi padre me puso bajo la tutela de Bittor Goitia, el herrero del caserío.
Lamentablemente mi padre, bienaventurado se halle en el cielo, murió en el año mil quinientos setenta y nueve, dejando todo mi tiempo al estudio con Bittor.

Cuando cumplí los diez y seis años de edad ya dominaba el arte de la herrería de forma notable, amaba el transmutar un material tan resistente, para ordenarlo a mi gusto en la forma que me viniera en gana. También fui capaz de transformar las materias del oro en una ocasión, pero el resultado jamás me fue satisfactorio.

De forma lamentable y terrible, mi maestro Bittor murió de una inexplicable enfermedad en el año de mil quinientos ochenta y cuatro.
En el mismo año, llegó a mí la vida del ocio. No fui elegido para hacer el papel de herrero del caserío, ese papel se lo dieron al aprendiz más antiguo, por lo que me di a la pereza y la buena vida, hasta que, por suerte o desgracia, Dios puso en mi camino a Badi Nejem.

Badi era un árabe converso, había aprendido el olvidado arte de la alquimia de un maestro chino y junto a él había buscado incesante el cinabrio divino, el oro líquido, la piedra filosofal.
Con Badi pasé muchas tardes. Ambos estudiábamos con un afán por el conocimiento que parecía digno de sabios. Badi me enseñó a leer y escribir en griego, árabe, latín e incluso en castellano.
A mi parecer la alquimia era el arte más importante, el hecho de intervenir en la eterna creación de Dios todopoderoso me producía una emoción indescriptible.

Junto con Badi traté indefinidamente de encontrar las respuestas a los antiquísimos enigmas que le había heredado su maestro. Entre estos el que más nos intrigaba era claramente la piedra filosofal, y el enigma casi resuelto para crearla.

Para crear la piedra filosofal se necesitaba que un alquimista que hubiese purificado su esencia; puro dentro y fuera. Y, por último, debería beber mercurio, que le llegaría profundo al alma para limpiar la parte más interna del hombre, el espíritu. De

esta forma el alquimista se vería puro, pero a la vez envenenado, por lo que su única opción será crear la piedra filosofal, que lo salvaría y otorgaría la vida eterna.

Para crear la piedra, el alquimista debería llevar al elemento básico más resistente a una forma inicial, la forma de la luz de Dios en el comienzo de los tiempos. Para eso debería obtener la tierra iluminada, miles de veces descrita por los antiguos, Aurum, oro, y este debería ser expuesto a las puras brisas cercanas al cielo, debería ser purificado por el aire que solo habita en las montañas, donde la dura piedra es cubierta de blanca nieve. Luego debe ser quemado por el fuego puro, el fuego blanco, fuego hecho solo con el basto poder del arder de la leña, o del propio sol. Y por último debe ser lavado por el agua más pura en la tierra, pero aquí se encontraba el problema, porque los maestros jamás fueron capaces de descubrir el agua más pura sobre la tierra, y nadie se atrevía a crear la piedra sin estar seguro de poder crearla.

Pasamos cinco largos años juntos, pero el trece de marzo del año mil quinientos ochenta y nueve, Badi cayó gravemente enfermo de un mal, que ni entonces ni ahora logro explicarme o darle nombre.

Y claro, no pasó mucho tiempo antes de que Badi sucumbiese a semejante mal, dejándome a mí en un estado depresivo del que nadie logró sacarme. Debí estar en un estado semejante por el transcurso de más o menos un año, hasta que de repente y sin aviso, me levante un día, tome los textos de Badi, mis herramientas de herrero, pluma y tintero, y me lancé al camino sin ningún rumbo fijo. Deambulé día y noche, confiaba el carácter de los buenos cristianos esperando siempre una pequeña limosna que me permitiese continuar mi peregrinaje sin rumbo.

Durante el invierno del año mil quinientos noventa me encontré atrapado en una tormenta de nieve en Toledo. Mi cuerpo parecía no poder dar un paso más, y cuando estuve a solo un momento de rendirme y dejar que la nieve me cubriese en un eterno abrazo, apareció un hombre. Aquel hombre me ayudó, me llevó casi de la mano y me dejó entrar en su hogar.

El hombre se llamaba Fernando Juan de García, era espadero y estaba casado con Laura de Palacios Salazar Vozmediano, una mujer de excelentes cualidades, que me hizo sentirme como en casa durante toda mi estadía en Toledo.

Fernando, era un hombre de músculos robustos, ojos regios y voz potente. Aparte era un excelente espadero y conocía el metal de arriba a abajo. Junto con él aprendí el oficio con el que haría mi vida, el honrado oficio del espadero.

Los días en la pequeña casa de mi maestro eran sencillos y plagados de pequeños detalles que los hacían inolvidables. En la mañana, nos levantábamos todos a comer, y luego cada uno se dirigía a trabajar. Mi maestro y yo nos adentrábamos en el taller, y comúnmente comenzábamos a practicar la forja de armas, más comúnmente espadas. Laura, señora de la casa y mujer de recios hábitos comenzaba a limpiar la casa hasta el último rincón. Mataba a tantos insectos como era capaz de encontrar, y trinchaba a cualquier ratón que veía con una afilada varilla de hierro, trabajo que siempre culpó del más agotador.

Algún día del mes de marzo del año mil quinientos noventa y dos encontré por las calles de Toledo, un pequeño animal, con el pelo enmarañado y unos enormes ojos ambarinos. Lo tomé en mis brazos y corriendo lo llevé al hogar de mi maestro. La esposa de mi maestro casi enloqueció al ver al animal, pero a mí no me importó. Al ver los ojos del gato había visto a un amigo, un amigo olvidado, un amigo perdido.

Al gato le di el nombre de Badi; tenía los mismos ojos, la misma personalidad, era un gato amigable, manso, un animal perfecto. En poco tiempo Laura se acostumbró a él, y le dejó la extenuante tarea de cazar ratones.

Un día, encontré a mi maestro con el gato en brazos cuando me preguntó: «¿A qué viene el nombre de Badi?». A lo que respondí contando la historia del hombre que había llegado al caserío con toda su sabiduría y la había compartido conmigo, entonces me respondió seca y llanamente: «No busques cosas que nadie nunca encuentra, o vivirás tu vida en vano». Ojalá hubiese yo hecho caso a esas sabias

palabras, y podría haber sido ajeno a todo el mundo en el que ahora me encuentro.

Una tarde de junio de mil quinientos noventa y cuatro, la esposa de mi maestro recibió un mensaje de su hermana que planeaba hacer una visita con su esposo. Fueron días agitados, la mujer de mi maestro no paraba de hacernos ir de un lado a otro, haciéndonos limpiar hasta la última esquina de la casa, nos buscó ropa y nos obligó a practicar una y otra vez la forma en las que deberíamos comportarnos.

Aquel día fue caluroso, caluroso como cualquier día de verano. Llegaron por la mañana; la hermana de la señora, igual que ella; y su esposo, un hombre alto y flaco con una corta barba blanca que sería una gran inspiración en mi vida.

Jamás supe su nombre o apellido y realmente lo lamento, porque aquel hombre puso mis pies sobre el camino nuevamente. Durante la cena, tomó al gato en sus manos y me preguntó: «¿Cuál es el nombre del animal?» Entonces dije el nombre del gato, y evitando la pregunta conté la historia del mismo, por lo que el hombre soltó una estruendosa risotada y dijo: «Pues más te vale que no le olvides, porque si el destino te puso tal saber por delante, algún día tendrás que darle uso, o seguirlo hasta el final, pero cuídate de creerlo todo o acabarás guerreando con molinos de viento» tras lo cual rió como loco por tal vez diez minutos seguidos. Jamás entendí aquella risa, pero solo sé que poco después encontré al gato escarbando entre las antiguas pertenencias de Badi. Lo agarré y lo alejé de las cosas, pero entre ellas encontré un objeto, que por extraño que pudiese parecer, nunca había visto. Una pequeña caja de madera, cerrada con un par de gruesas bisagras de hierro, levanté la tapa y dentro encontré un pequeño, pero pesado lingote de oro, una pequeña botella que contenía un líquido blanco y una botella aparentemente vacía, debajo asomaba un amarillento pergamino con suaves trazos de tinta que reconocí como la letra de Badi, el pergamino decía así:

Querido Aitor, siento mucho nuestra inevitable separación, debo decirte que, aunque jamás lo dije, yo había iniciado mi preparación para hacer la piedra, y conmigo cargaba con casi todos los materiales necesarios, pero al llegar a tu pequeño caserío, entendí que jamás alcanzaría a crearla, antes de haber muerto, y prefería decir todos los secretos a alguien en el que confiara, por lo que te dejo todo lo que yo y mi maestro logramos conseguir.
En el interior de esta caja hay tres objetos aparte de esta nota, el primero es una botella con un líquido blanco, dentro de esta está el secreto para el fuego más puro de todos los fuegos desde el inicio del tiempo. Si prendes fuego a este líquido, podrás limpiar el oro, después de haberlo limpiado con el aire, (que está encerrado con un extraño hechizo en la segunda botella) el viento más puro, el viento que mi maestro logró encerrar en su juventud durante un viaje a los altos picos al sur de su tierra natal.

Con eso dicho, te deseo suerte, espero que alcances la prometida inmortalidad, pero recuerda, para crearla hay algo que nunca llegué a decirte solo por dejarlo a tu discreción, mi maestro siempre tuvo la certeza de que la creación del cinabrio, la piedra, o cualquiera de los nombres que se le han dado, debería hacerse durante la cúspide de la luz, a medio día exacto, si es posible, pero debe hacerse alejado de la noche y la oscuridad, alejado de las sombras. No conocemos el poder de la luz de la creación, lo único que sabemos, es que solo reside ahora en el corazón puro de los astros, y que para poder crearlo de la impura materia en la que residimos, debemos hacer un esfuerzo divino, por lo que más vale prevenir que lamentar. No dejes que la sombra toque la materia en purificación o podría no funcionar.

Con lágrimas y dolor en mi corazón, me despido. Espero no sean vacuas mis palabras y consigas completar la búsqueda, que yo, mi maestro y muchos otros detrás, no logramos completar.
Con infinito pesar y todas mis bendiciones, Ahamed Badi Nejem.

La carta fue un impacto estruendoso contra mí apagada sed de conocimiento, fue como si una pequeña vela, ya en rumbo a una silenciosa muerte por una brisa de aire venida de una vida monótona, que de forma sorpresiva hubiese destellado sin previo aviso y floreciera con nuevas y renovadas llamas.

El tercer día del mes de abril, del año mil quinientos noventa y cinco, me despedí a mi pesar de mi

maestro y su esposa, y dejé a buen recado a Badi el gato, en sus capaces manos. Fue doloroso, tan doloroso como una daga en el corazón, pero debía hacerse, tarde o temprano.

Aún recuerdo, pero difusas, las palabras dejadas al viento por mi maestro, cómo olvidarlas y cómo duelen. «No te pierdas jamás de la buena senda, hijo, jamás te pierdas, y que al final del camino, a el hogar llegues». Si tan solo, me pregunto, si tan solo hubiese hecho caso, qué clase de vida habría vivido, no lo sé, y nunca lo sabré, solo sé que marcadas a fuego vivo están esas palabras y no podré olvidarlas. La guerra, la guerra debe de ser lo mejor que me pasó durante ese tiempo de andar por las tierras del Imperio, no había cuidad donde un noble, o su hijo, no me pidiera una espada. Era espadero, un espadero ambulante, algo raro, más bien extravagante o bizarro, pero, de todos modos, me hacía rico, pronto, más que pronto, empecé a poder permitirme lujos de reyes, cabalgaba en caballos tan caros como una granja, usaba herramientas de tal calidad, que solo con su precio podría haber vivido una familia por todo un año, y vendía mis espadas a un precio modesto a mi parecer.

Recuerdo que durante ese tiempo no tuve realmente ningún episodio digno de relatarse, buscaba la pieza faltante de la formula, pero realmente no la buscaba, como un sueño inalcanzable, que aun así volvía a mí todas las noches.

Pero en realidad sí sucedió algo, ya en el año mil quinientos noventa y siete en algún día del mes de enero me encontraba en la ciudad de Turnhout, en el norte, en el borde de la guerra, justo en frente de los ejércitos enemigos, yo solo era un espadero buscando trabajo, y lo encontré.

Jean de Rie de Varas era el general encargado de defender la ciudad. Me encontró un día y me pidió una espada, cosa simple, incluso me facilito los materiales y el lugar de trabajo.

Hice como habría hecho ya un millar de veces: Tomé la vara de acero, la pese, calculé un el diámetro de la espada y comencé con mi trabajo. Primero la dejé fundir hasta que fue tan maleable como deseaba, le di el diámetro adecuado y empecé a doblar y estirar la materia para darle más resistencia a la hora de usarla, pero me cuidé de

Foto: Oriana Colmenares

no dejar que se calentara demasiado, para evitar un daño en el material.

Procedí a golpear y dar la forma a la hoja, recé veintiséis avemarías para asegurarme de que estuviese bien formada e inmediatamente enfrié la hoja tras lo cual, dediqué por un periodo de tres o cuatro horas a templarla y endurecerla.
Luego tomé la hoja en bruto y comencé a rebajarla para hacerla maniobrable. La hoja tenía buena pinta, menos de un milímetro de grosor y unos tres centímetros y medio de ancho con un largo de algo así como unos noventa y seis centímetros y la hoja del arma acabada tendría algo así como ochenta y cuatro centímetros.

Ensamblé la guarnición de plata hecha por otro herrero y luego ensamblé la empuñadura de madera, que luego forraría con una gruesa liga de cuero, por ultimo coloque el plomo y lo acabe con el martillo para que estuviese completamente ensamblado.

Al final afilé la hoja de forma completa y delicada, dejando a mi parecer mi mejor obra, pero al llegar a la parte final, la marca, tuve un problema, observé

la espada, observé el lugar donde debería ubicar mi nombre y el de la espada, pero al verlo, la vi rota en el campo de batalla, una espada sin gloria, una espada sin honor, una espada sin grandeza.
No le di nombre, ni se lo daré hoy, solo entregué aquella arma a mi empleador y me marché de Turnhout, no fue sorpresa enterarme, años después, que la guerra había cargado a mi espada a una batalla no muy lejos de su lugar de nacimiento, y con su propietario, había muerto, sin gloria, sin grandeza y sin honor.

No volví a hacer espadas, me gané la vida como herrero, de sitio en sitio, en busca de algo. Algo que no conocía y tampoco sabía dónde encontrar.
En el año de mil seiscientos seis, me encontré vagando por las tierras holandesas y encontré un pequeño torreón abandonado, dentro de este pude encontrar anotaciones alquímicas, y mil y un objetos de un valor inigualable: Copas de oro con diamantes incrustados, o increíbles cofres de oro.
Dentro del torreón, además de tesoros, encontré un hombre diminuto. El hombre sostenía una pequeña nota en la que aparecían las materias primas para crear la piedra, pero decía que el agua era agua de lluvia, aun así, me pareció algo demasiado fácil e intenté hablar con el hombre, este no lograba hablar bien, pero logró decirme algo.
«No…Agua……Quema……Error……Muerte»

Solo pude deducir esas palabras, entre débiles sollozos y un llanto seco, decidí que ese hombre debía de haber creado la piedra, pero el agua que había usado para completarla no era suficientemente pura, por lo que no la había completado y ahora se encontraba en un estado de inmortalidad, pero con un envejecimiento eterno.

Decidí darle muerte con un pequeño cuchillo de caza que cargaba. Espero, fuese cual fuese su pecado, haya sido perdonado.

Después de semejante evento, entendí el peligro de fallar en la creación de la piedra, pero también volvió a mí una historia que había escuchado en los años de mi infancia, la fuente de la juventud, un tesoro que existía al otro lado del océano, hallá donde solo pocos podrían encontrarla.

Viajé apresurado, cargando el gran tesoro que había tomado del torreón y volví a toda prisa a las tierras de mi infancia, atravesé todas las regiones desde Castilla hasta las terrenos del reino de Portugal matando, tal vez un centenar de caballos para llegar velozmente.

Una vez en la ciudad de Lisboa busqué un astillero, le otorgué parte del tesoro, y mandé a construir un barco, en completo y absoluto secreto.
Fue un proceso lento y extremadamente tedioso, mi conocimiento sobre la construcción de navíos era nulo, por lo que confié mi proyecto completo al maestro astillero, cuyo nombre ya he olvidado.
También debía conseguir un capitán, y marineros, todos capaces de desaparecer de la noche a la mañana, en el mayor silencio.

La construcción fue algo maravilloso, casi nadie sospechó algo, los únicos fueron algunos vecinos, que llegaron a molestarse por el ruido luego del atardecer, noche tras noche.

El día doce de diciembre de mil seiscientos nueve a mis cuarenta y un años de edad, me embarqué en barco que había construido y zarpamos al amanecer.
El viaje fue abrumador, largo y extremadamente extenuante. Largos parecían los meses que pasaban sobre mí. Solo pasaron tres meses, antes de empezar a sufrir de algunos males, cuyos nombres desconozco. El mundo se agitaba constantemente a mí alrededor, sufrí fuerte dolores de cabeza. Pero no me detendría, no ahí.

Fueron nueve meses, la comida escaseaba y todos parecíamos más muertos que vivos. Una noche, no sé decir cuándo, nos encontramos sin saberlo en una tormenta, una tormenta como no he visto antes, mi cabina se sacudía de arriba abajo y de derecha a izquierda. La tormenta duró toda la noche, cuando el barco volvió a moverse normalmente salí de mi cabina y me dirigí a la cubierta del navío. Estaba desierto, las balsas, los tripulantes, el capitán, todos desaparecidos.

Habité el navío en fantasmal vigilia durante dos noches y tres días, hasta estar completamente seguro de que la tripulación había dejado el barco atrás, y a mí con él.

Dejé que el barco mantuviese su curso, que el destino me dejase en donde a Dios le diera en gana. Me encerré en mi cabina y empecé a escribir estas largas notas, con lo que mi memoria podía aguantar.

Un día entre muchos, el barco encalló en una playa. El lugar parecía el paraíso, llegué a creer que había muerto en aquel barco, pero no, el lugar era real e increíble. Parecía más antiguo que cualquier cosa que hubiese visto, el lugar parecía tan puro como el jardín del que fuimos expulsados.
Bajé mis pertenencias, mis herramientas, la caja, las notas, un cofre de oro con un cierre que no dejaba entrar ni siquiera el agua, papel, tinta, plumas y tres botellas, con sal, azufre y mercurio.

En la isla me instalé, la exploré, y encontré una fuente. La fuente era un bello lugar, rodeado por construcciones que bien podían ser romanas, el agua era tan clara y pura que, al dejar caer una gota de agua de mar, podías distinguir la gota del resto del agua.

Decidí que había encontrado la fuente, la pieza final de la piedra había llegado a mí, no yo a ella. Comencé por purificarme, no describiré aquel doloroso proceder.

Luego del extenuante proceso de purificar mi cuerpo, que me llevó casi un día entero, comencé a preparar la piedra.

Tomé el pequeño lingote de oro y lo acerque al recipiente que decía guardar el aire, en cuanto lo destapé, una poderosa ventisca surgió de él, tan fuerte, que casi me derribó. La piedra brillaba, estaba lejos de todo polvo ahora, luego encendí tres gotas de aquel líquido blanco sobre un pequeño plato de arcilla. El fuego blanco brillaba, quemaba todo a su alrededor, incluso incendió el plato de arcilla, temí que quemara la isla, pero en el momento de arrojar el oro sobre él, se extinguió inmediatamente arrojándose sobre el lingote, como una ola sobre la playa.

Lo agarré con mis manos, estaba ardiendo, pero no me quedé ahí, lo llevé hasta el agua de la fuente y lo lancé al centro de esta, se desprendió vapor, como con cualquier metal caliente.

Me sumergí hasta la rodilla para agarrar lo que había sido oro, y que ahora parecía luz sólida. Dolían los ojos con solo verla, decidí que fabricaría el elixir de la inmortalidad ahí mismo, pero al momento de hacer la formula, y esta de transformase en un objeto luminoso, me paré a pensarlo, y decidí probarlo, atrapé a una pequeña mosca y la encerré dentro de un frasco, junto a una gota de la sustancia, sé que aquellas diminutas criaturas, no viven más allá de un día. Si la formula funcionaba, estaría viva, para vivir por siempre, el día de mañana.

He visto barcos, muchos, no sé qué harán aquí, pero no puedo dejarlos encontrar lo que yo he encontrado, la vida eterna, o la infinita juventud, no son para cualquier alma corrupta, ahora mismo encierro la piedra, las notas de Badi y el tarro con la mosca dentro del cofre de oro de la torre, espero que el cofre mantenga el agua a raya, también dejo aquí estas notas por si las encuentras, te ruego revises si la mosca vive en el tarro, después de los siglos que pase bajo el portentoso océano, si la mosca vive, guarda la piedra, protégela y asegúrate de que no caiga en manos de quienes no deberían poseerla. Si la mosca ha muerto, destruye la piedra, y quema todo lo aquí escrito.

Ahora, solo me queda morir, con mis herramientas y mi memoria, con dolor me despido de ti, amigo sin conocer, que tu fortuna o tu infortunio, te han traído estas notas, para que vivas, o no vivas, hasta el fin de los siglos.

Rezo por ti, por siempre y para siempre, y porque acabes mi búsqueda, la de Badi, y la de muchos otros antes.

Con gracia y pesar: Aitor de Amutxastegui y Morelli.

Sexto Séptimo

Luis Alejandro Velasco

Fernanda Galeano
Séptimo B

24 de julio del 2045

Luis Alejandro Velasco:

La verdad no sé cómo comenzar. La razón de esto es porque me enteré de la noticia esta mañana y me fue muy impactante, fue anunciada a los medios cuando apenas amanecía y me dejó un nudo en la garganta.

Antes de que preguntes, sí, estuve en clases de español desde tu partida. Ahora manejo bastante bien mi castellano y eso me enorgullece, espero que a ti también. Una de las razones es porque ahora entiendo las bromas que hacían tú y tus compañeros con respecto a mi apellido, aunque yo fui la que te hizo pasar un buen rato a ti y a tus amigos con mi apellido de dirección.

No pensaba que fuera así, pero ya en cinco días mi medio español se volvió un buen español en proceso, pero aunque la gramática se me da muy bien, aprender tantos modismos que hay en tu idioma me está volviendo loca.

Foto: Violeta Medina

Tengo que confesar que sigo con la esperanza de que hayas sobrevivido, igual que una de mis amigas, que reza por su prometido difunto cada noche.

Nunca aparentaste ser el más fuerte y capaz de tu grupo, no te comportabas como líder, porque igual no lo eras, y menos mal que no. Pero en el fondo, en lo más profundo de tu ser había valentía.

Recuerdo cómo me sentía en nuestras citas en el cine, en las cuales había películas dramáticas en las que la protagonista hacía todo lo posible por mantenerse en calma, y contaba su discurso de lo tanto que amaba su hombre. Finalmente no se contiene y se hecha a llorar.

Pero hay otra versión vista como fantasiosa y el lado bonito de la historia, es que tú sobreviviste a la catástrofe y llegas a tu hogar como un héroe, que nos casaremos y que leerás esto mientras me abrazas. Esta es la que todo el mundo quiere creer y escuchar para ocultar la realidad.

Lo que en realidad me molesta es que no te hubieses quedado conmigo. Nada de esto te habría sucedido, estarías aquí y no habría necesidad, cartas ni motivos.

Mary Address

Amada esposa

María Rueda Dávila
Séptimo A

5 de marzo de 1955

Amada esposa:

Temo decirte que me encuentro atrapado en medio del mar a pocas horas de mi muerte. Sé que es difícil de creer. Se supone que en este momento debería estar en Cartagena, pero un trágico accidente lo impidió. También sé que todo te suena muy confuso, por eso pienso que es muy importante contarte lo que pasó.

Hace seis días nos preparábamos para volver a Colombia con la tripulación del destructor Caldas, en la que había sido incorporado después de terminar mi curso en Washington.

Los primeros cuatro días iba todo bien, muy tranquilo. Fue hasta el 28 de febrero que sentí miedo, miedo real. En la mañana el mar empezó a ponerse fuerte, sabía que algo malo pasaba. Hacia las doce estaba transitando por la cubierta, el barco empezó a encabalgarse y las olas reventaban muy fuerte.

Estaba muy nervioso, me puse el salvavidas mientras veía cómo venía otra ola. No pensé que fuera tan fuerte. Pero de repente me di cuenta de que estaba flotando en el mar. Ya no estaba el barco, ya no lo pisaba.

De fondo oía cómo todos mis compañeros gritaban. A unos cuantos metros vi que estaba mi amigo Ramón Herrera en una tabla. Yo solo me concentré en nadar hacia ella.

Creo que pasó menos de un minuto, pero ese tiempo se hizo eterno.

Cuando por fin llegué, él me ayudó a subir a la balsa y me di cuenta de que estaba herido, tenía una cortada que le atravesaba el estómago. Nunca había visto tanta sangre, salía y salía cómo si fuera agua.

Unos minutos después, mientras asimilaba lo que había pasado, traté de ayudarlo, le limpié la herida y se la tapé con un trozo de mi camisa. Luego de esto nos miramos y supimos lo que pasaría. Uno de nosotros tendría que sacrificarse, la tabla no aguantaría el peso de ambos. Ramón Herrera insistió en que él estaba en peor estado. Odié estar en esa posición, sabía que era mi vida o la de él, pero en ese momento no era capaz de tomar una decisión. Entonces de repente Ramón dijo, «Dile que la amo», se dejó caer y en unos cuántos segundos vi cómo se lo llevó hasta desaparecer.

Los otros cuatro días fueron horribles, creo que lo que más me invadió fue la culpa y arrepentimiento. Me sentía culpable por haber dejado morir a mi amigo y además estaba solo, con miedo y dolor.

Foto: Mariana Echeverry

Sé que todo te suena horrible, pero quiero que sepas que si muero no debes sentir culpa, sé que todo estará bien. La verdad no todo fue tan malo. Aunque mi camino termine aquí puedo decir con orgullo que tuve una buena vida. Hubo lágrimas, pero también sonrisas y los más importante es que estuviste tú. Lamento no poder cumplir la promesa que te hice de hacer el trámite para que pudiéramos vivir juntos en Cartagena, pero ya no importa. En este momento no siento dolor por dejar la vida, solo por dejarte a ti.

Quiero que sepas que tú fuiste la persona que cambió mi vida. Contigo supe lo que es ser feliz, me enseñaste a amar, a respetar y a disfrutar. Contigo encontré una familia y desde el momento en que te conocí, nunca estuve triste, sabía que siempre te tendría, que nos apoyaríamos el uno al otro.

Es por eso que en este momento tengo miedo de no volver a estar contigo, de no sentir tu apoyo, de no volver a ver tu sonrisa. Me asusta la idea de estar solo y no encontrar de nuevo la felicidad. Sé que está es mi despedida y probablemente las últimas palabras que escriba, pero está bien que lo último que haga sea escribirle a la persona que cambió mi vida y la llenó de alegría.

Adiós.

Luis Rengifo.

Gordo, Velasco

Simón Díaz
Séptimo A

8 de marzo de 1955

Gordo, Velasco:

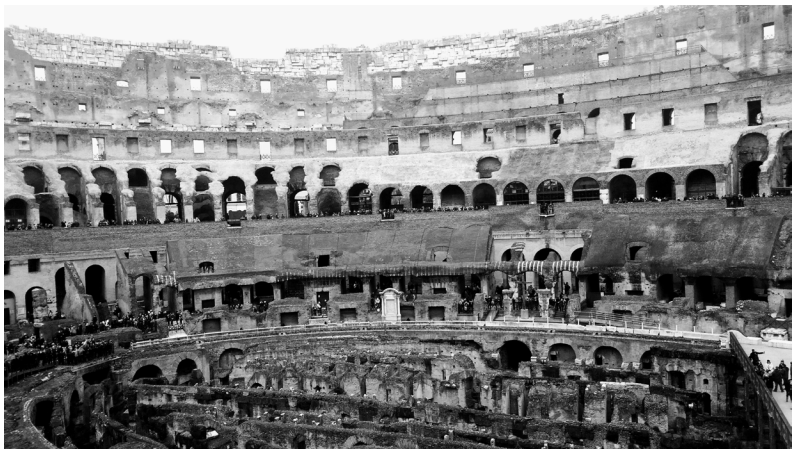
Me dejaste abandonado, pero aun así estoy vivo. Para mi suerte fui alcanzado por una balsa, donde he pasado ocho días muerto en vida.

Ya no reconozco las constelaciones, y no tengo ni idea de a dónde me dirijo. Mi dolor físico no se compara con el mental. A veces creo que no hago más que dar vueltas, o que me encuentro en un mundo en el que solo hay mar.

Gordo, te escribo esta carta porque has sido la última persona que he visto en días y la soledad me atormenta. Extraño Colombia y a mi esposa, pero los estoy olvidando. Siento la tristeza y el dolor de olvidar y ser olvidado.

Me gusta pensar que no encontramos en la misma situación, doblegados ante el inclemente mar y con fugaces esperanzas de vivir.

Luis Rengifo



Fotografía: Paula Valeria Medina Zamudio

La tragedia de los gallos

Samuel Mora
Sexto B

Érase una vez que, en la famosa Barrancabermeja, conocida por sus asombrosos animales, había ocurrido una terrible tragedia. Los increíbles gallos colosales habían sido poseídos por una poderosa Gorgona, la cual era tan temida que ni siquiera el hombre más valiente era capaz de decir su nombre. Pero se le conocía como «la vecina», ya que se decía que observaba a todo aquel que pisa este mundo.

En ese momento la diosa de la paz y la armonía le encomendó una misión única al valiente héroe Juan: derrotar a los gallos y traer paz a este mundo. Juan era conocido por su sobrehumana agilidad, fuerza, valor y orgullo ya que desde niño hacia frente a los maleantes y aunque el enemigo fuera más fuerte su orgullo no le permitía perder y era muy temido por que al ver cualquier fechoría sus armas respondían por él.

En ese momento, Juan agarró sus armas, yelmo y peto, y fue directo a la aldea donde se encontraba el caos. Y fue sorprendido por una avalancha de gente que corría y gritaba, «¡Ayuda, los gallos se han enloquecido!». Y tras esa manada de gente Juan divisó una aldea destruida, una decena de gallos y el cadáver de su tutor que lo había criado. Pero algo estaba mal: los gallos se veían enfermos y les daban ataques de sangrado en los ojos y la boca, después de esto Juan supo que era una catástrofe seria.

Fotografía: Paula Valeria Medina Zamudio

Y entre la ira por la muerte de su tutor y la preocupación de no hacer daño alguno a los gallos comenzó a pelear pero su piedad le jugó en contra ya que los gallos en esos momentos no eran las majestuosas bestias de dos metros que eran habitualmente, se habían convertido en sanguinarios demonios y con ese pensamiento comenzaron a desgarrar pedazos de piel de nuestro héroe y a generarle heridas haciendo que gritase y fuera torturado, hasta que la diosa lo rescató y le dirigió estas aladas palabras: «Juan, lucha sin piedad, confía en tu valor que se yo que no es culpa de los gallos. Si llegases a matarlos sin preocupación alguna los devolvería a la vida y toma esto como un regalo de mi parte», dijo entregándole un arma divina llamada honda.

E inspirado por esas palabras Juan corrió hacia lo alto de una colina y empezó a disparar piedras con la honda desatando su ira sin descanso alguno hasta desmayarse generando una masacre de gallos que luego fueron resucitados tal como había prometido la diosa de la armonía.

Luego se despertó en una cabaña curado, vestido con una toga de seda y rodeado de gente y comida y un poco confundido. Tardó unos instantes en darse cuenta que estaba en una celebración, pero él no se sentía muy alegre por lo que le había sucedido a la persona que lo crió desde que era un bebé.

Y durante cinco años reino el orden y la paz, pero no todo era color de rosa porque todos lamentaban la triste muerte del centauro Tíropes, que en vida fue el tutor del orgulloso Juan, y había sido asesinado por los animales mientras defendía la aldea. Y como duró el orden también lo hizo el entrenamiento de Juan y su sed de venganza que muy pronto derramarían la sangre de la culpable de aquella tragedia.

Aspirante a escritor

Una segunda oportunidad

Samuel Sánchez
Sexto B

En una antigua ciudad de la Gran Colombia, se encontraba nuestro héroe Jorge, un hombre valiente y discreto. Estaba un día bajo la comodidad de su casa cuando, de repente, en el antebrazo le empezó a picar lo que parecía ser un tumor cancerígeno. Estaba ya, después de varios intentos, en el hospital buscando otra vez una cita, para que le quitasen la maligna plaga.

Nuestro héroe se dirigió al centro curativo más grande de la región y mientras esperaba se maravilló con las grandes murallas del lugar que cuentan que el mismísimo Simón Bolívar construyó. Ya dentro del lugar, su dermatólogo le dijo que había contraído la peor plaga del momento y le avisó que volviese en un plazo de dos semanas para realizar una intervención cirugía, de lo contrario, moriría.

Ni la ardua carretera, ni el gran granizo torrencial lo detendrían para llegar a su destino. Atravesó grande ciudades y escaló varias montañas solo para llegar a su objetivo, el Gran Hospital San José, el cual lucía magnífico y repujado con sus paredes extendiéndose hasta más no poder y en el techo se apreciaba una gran y hermosa lámpara que iluminaba todo el recinto.

Cuando comenzó la cirugía, él tenía un miedo inmenso pero su coraje y valentía lo ayudaron a continuar con el procedimiento, porque aun sabiendo los riesgos que corría decidió seguir adelante, lo cual no fue una decisión fácil. Unas horas después, se despertó de la anestesia y se dio cuenta que había logrado salir vivo de tan terrible afección.

Tiempo después le avisaron que era una enfermedad tan letal que se podía expandir por la primera y más importante línea de defensa; los ganglios linfáticos. Le hicieron otras intervenciones y la controversia fue tal, que todo el reino temía por su vida, pero esta vez el destino jugó a su favor y el pudo salir invicto de otra amenaza más.

Foto: Juanita Caicedo

Una mujer entre muchos hombres

Ricardo Díaz
Sexto B

Una tarde gris, en la cual hacía un poco de frío, Amalia Laverde, una joven de cabello blanco y mirada valiente, salió a encontrarse con su hermano mayor en el centro del gran lugar en donde mucha gente se encontraba para conseguir esos tesoros que se gastan en la comida del día a día. Él estudiaba para ser abogado y ella estaba terminando sus estudios.

Esto sucedía en la época en que las mujeres todavía eran tratadas como si no fueran nada. En general durante esa época oscura para las mujeres eran el padre o el esposo quienes decidían todas las cosas que ellas podían o no hacer.

Amalia tenía veinte años, edad de la vivacidad y energía incontrolable. Era una extraordinaria matemática, prodigiosa estudiante de ciencias y aún estaba bajo el mandato de su padre. Su madre, doña Isabel, pretendía que ella muy humildemente se casase pronto, pero Amalia seguramente, por la diosa de la sabiduría, las musas de la rebeldía y el conocimiento había adquirido el gusto por el estudio y especialmente por la química.

Amalia vestía un traje de color negro y usaba sombrero, caminaba vigorosamente hacia la vía del tranvía para dirigirse al centro donde se encontraría con su hermano Vicente.

El tranvía llegó rápidamente a su destino y ella se encontró con su hermano:

—Hola, hermano —dijo Amalia.
—Hola —le respondió Vicente, tomándola del brazo.

La invitó a caminar por la calle empedrada, esquivando las personas, hacia un lugar cercano de donde salía un olor espléndido y en el cual se podía degustar un delicioso pan que solo se encontraba allí. Amalia aprovechó la ocasión para contarle que quería iniciar sus estudios de química en el lugar donde mentes asombrosas y extraordinarias comparten su conocimiento, enseñan a construir la grandeza de un país y estimulan el desarrollo del conocimiento y que esa posibilidad la hacía muy feliz.

—Hermana, ¿estás loca? ¿Qué dirá la familia de nuestros padres? Los tíos y tías son muy conservadores.

Ella se quedó en silencio por un rato. En su mirada se veía la fuerza y determinación de una persona que sabe lo que quiere y que no retrocederá ante nada hasta lograrlo. Al ver su mirada, Vicente supo que estaba ante una mujer que tenía un pensamiento del futuro. Ante esta certeza solamente le quedó decirle:

—Yo te apoyo. ¿Qué necesitas?
—En dos cosas —le respondió ella—: a ayudarme con los tíos y tías más conservadores, para evitar que se entrometan mucho y que te prepares para la tormenta que habrá en casa. Él le dijo que se prepararía y que la ayudaría.

Foto: Violeta Medina

Días más tarde, antes del examen Amalia tenía nervios, pero a la vez confianza porque sabía que le iría bien. Durante el examen, Amalia miró por un momento por una ventana que tenía al lado y vio vestigios de su vida. Eso le dio esperanza y continuó con el examen. Al terminar se sintió tranquila, pero con nervios por los resultados.

Meses más tarde fueron publicados en el diario oficial los resultados de los exámenes. Amalia se sintió muy feliz porque estaba de primeras en la lista de los resultados. Así fue como se convirtió así en la primera mujer en graduarse en ese mundo de hombres.

Taller de escritura

La gente es nieve

Andrés Cermeño
Once A

Solo conocía la nieve por las películas. No es que viva en uno de esos morideros donde incluso Dios ha puesto a la gente en desventaja, robándoles de algo tan poético. No me malentiendan, no soy de esos desamparados. Vivo en Brooklyn, cerca de las vías del metro. He vivido aquí toda mi vida, así que esto no es como la historia de mis padres, que, a sus 32 años, en el 96 vieron su primera nevada en esta misma casa. Yo he jugado con nieve, he armado muñecos con piedras, una zanahoria y atuendos mugrosos que sobraban. Me he congelado la espalda silueteando defectuosos ángeles caídos y he marcado el piso como propiedad mía usando nada más que el calor de lo que Dios me dio. Incluso he hecho llorar a mi hermana con una bola de nieve directo a la cara, de lo cual me sentí muy orgulloso hasta que mi madre sacó La Sacra Vara y me hizo pedir perdón. Pero en vísperas de mi vigésimo segundo invierno se vuelve evidente lo ajeno que soy realmente a ella. Todas mis interacciones con esta han sido simulaciones, un intento de materializar lo prometido. Solo conocía la nieve por las películas.

Hay dos adolescentes debajo de las vías. Están hablando en español y tienen un Bosé a todo volumen con «Dile», de Don Omar. No entiendo su falta de vergüenza. Laura Magdalena era igual, para ella ser morena era una razón de orgullo. No entiendo cómo mis padres lo acolitaban. Tras todo el esfuerzo que hicieron para alejarnos de ese suplicio, ¿por qué hacían todo lo posible por mostrar su procedencia? Incluso sus ídolos venían a esta ciudad para crear su arte. En su juventud la música que escuchaban estaba siendo creada a siete estaciones de donde estoy parado ¿Por qué, viviendo en esta ciudad, mi hermana decide escuchar trap latino? Ahora, incluso con la bulla de «De donde vengo yo» entrando por la ventana, la casa se siente en silencio. Laura Magdalena ya hubiera llegado del colegio, y estaría encerrada en su cuarto con Maluma llenando cada rincón de la casa. Yo golpearía en su puerta y gritaría «*Can't we have some quiet for five fucking minutes in this goddamn house?*». Entonces ella suspiraría en español algo y luego me gritaría de vuelta cualquier insulto.

Foto: María Cristina Rodríguez

Afuera empieza a sonar «No se quiere enamorar», de Ozuna. Veo la espiga de trigo sobre la puerta y recuerdo que debo comprar una nueva pronto. Siempre se me hizo un irrespeto a Cristo pero cuando intenté decirle a mi madre ella levantó la mano y preguntó si quería que me volteara el mascadero, le dije que no pero ella prosiguió de todos modos. Desde hace tres años era mi hermana quien arreglaba esas cosas. Una semana después de que se fuera, el clavo que mantenía el Sagrado Corazón contra la puerta del baño se cayó, y aún no he encontrado el tiempo para arreglarlo. Ella era la que mantenía las cosas de nuestros padres como a ellos les gustaba. Incluso a veces ponía los cassetes de Willie Colón y de Rubén Blades, aunque yo sé que a ella no le gustaban. Por mucho tiempo creí que lo hacía solo para molestarme, pero creo que ya entiendo por qué los escuchaba. Los hi-hats de «Quiero una chica», de Latin Brothers, empiezan a traquetear.

Cierro la ventana y prendo el televisor. Un re-run de *Family Matters*. Los hermanos Winslow, Laura y Eddie, se están dando un abrazo; acababan de pelear, ya no recuerdo sobre qué. No veía *Family Matters* hace años y es la primera vez que lo veo sin doblaje. Este es el momento en el que Eddie, después de una charla con su padre, y Laura después de una con su madre, corren buscándose el uno al otro e intentan disculparse al mismo tiempo, pisándose las palabras. Ambos paran, se ríen y se abrazan. Ahora sus papás están mirando desde las escaleras. Urkel se desliza por la sala y, tirantes en mano, dice la *punch-line*.

Cambio de canal. Mi padre solía ponerme *Family Matters* en los DVD de mi abuela cuando íbamos a la casa de mi familia en Colombia. No me gusta pensar en ellos, esa gente siempre fue demasiado habladora. Después del accidente llamaban a la casa todos los días, cada uno por separado. A la segunda semana dejé de responder los mensajes y, cinco días después, dejé de levantar el teléfono. No entiendo cómo Laura Magdalena podía mantener contacto con todos ellos, siquiera recordar sus nombres. De vez en cuando decía, «Ingrid manda saludos», o algo por el estilo. Yo solo respondía, «Ok», aunque realmente no sabía de quién me estaba hablando, o quizá tendría unas diez caras en la cabeza para aquel nombre. Para mí, mi familia siempre ha sido la que vive en este país. Esos fantasmas en los foto-álbumes nunca han tenido significancia en mi vida. La gente que me importaba vivía en esta casa, cuando yo les importaba a ellos. O bueno, mi madre no tuvo elección, unos ilegales borrachos en un Chevrolet *Lowrider* tomaron esa decisión. Y a mi padre igualmente nunca le importó. Vivo o muerto impacta igual en esta casa. Después de todo era entre Laura Magdalena y mi madre que el hogar se mantenía en pie.

El metro pasa y se agita todo el apartamento. Unos bluray pirata caen sobre el televisor: *Say Anything y Love Actually.* Ambos me los regaló Laura Magdalena la navidad pasada. Ese día lloramos juntos. Diciembre siempre trae recuerdos de los funerales. Hace tres años que no me sentía tan solo en nochebuena, pero al menos ese año ella estaba sola conmigo.

Abro la ventana de nuevo y del parlante de esos latinos justamente están saliendo las voces de

Foto: María Cristina Rodríguez

Pimpinela cantando «La familia». …*Pasa y tomate una copa, que hay lugar para otra silla*… Voy a mi cuarto y me pongo unos pantalones para salir. … e*n el fondo es tan solo una muestra de cariño, ya te iras acostumbrando, solo es gente extrovertida*… Agarro una chaqueta y saco las llaves de un cajón. …*ves que yo te lo decía, al final se puso bueno. Como dice el abuelo: en el fondo nos queremos*…

Al entrar a la estación de metro aun puedo escuchar el estribillo *quiero brindar por mi gente sencilla*… y durante todo el recorrido hasta Queens sigue retumbando en mi cabeza *por el amor, brindo por la familia.*

Cuando me bajo de la estación ha empezado a nevar. Ya estoy al frente de la residencia en la que Laura Magdalena dijo que se iba a estar quedando. Desde afuera se alcanza a escuchar «Amorfoda», de Bad Bunny, sonando dentro de la casa.

Llamo a la puerta.

«Yes…?». Un hombre alto, caucásico ojiazul, abre la puerta. «Is Laura here?». «Laura?». Tartamudeo un poco. «Laura Magdalena Restrepo. Sorry, she told me she'd be staying here». El hombre frunce el ceño por un segundo. Me mira confundido y se voltea. «¡Magda! There's some guy here lookin for you». Se oye la voz de Laura Magdalena en el fondo y el hombre se vuelve a mí. «She's coming».

Vuelve a entrar.

…*Ya me cansé, esos trucos ya me los sé, esos dolores los pasé*… Laura aparece desde un lado de la puerta. Su expresión cambia apenas sus ojos se fijan en mí. «¿Qué estás haciendo aquí?». Balbuceo un poco. No esperaba tener que explicarme tan de golpe. «No estoy acostumbrado a estar en navidad solo, ¿sabes? y…». Paro de hablar, como esperando que ella termine mi frase, como que me interrumpa para decirme que ya mismo sale a la casa conmigo, y que va a contarme lo mucho que me ha extrañado, pero ha sido muy orgullosa para buscarme.

Nada de eso pasa.

Hay silencio entre nosotros mientras al fondo sigue sonando… hoy te odio en el secreto, ante todos lo confieso… Sigo hablando. No soporto la quietud. «No he sabido cómo armar el árbol de navidad para que quedara como siempre queda, y pues, pensé que podrías querer venir un par de días.»

Laura sigue callada.

…las palabras y todo el tiempo que perdí, me arrepiento una y mil veces de haber confiado en ti… «La verdad es que te he extrañado, ¿ok? Ven por lo que queda del año».

Ahora está evitando mirarme los ojos.

…*todas las barras y los tragos han sido testigo del dolor que me causaste y todo lo que hiciste conmigo*…
Silencio.

«Laura por favor, al menos dime algo»… *que porque si era tan bueno toda esta mierda tú me hiciste*… «Nuestros padres hubieran querido que estuviéramos juntos en el aniversario de…». Ahora sí me interrumpe. «Juan…». Todo se detiene. «…Por favor, vete». Intento decirle algo, hacerla cambiar de parecer, detenerla o al menos retener su tiempo unos segundos más, pero ella dice, «Adiós, Juan». Y de nuevo hay silencio. …*yo ya perdí la fe de que tú mejores, si después de la lluvia sale el arcoíris pero sin colores*…

No puedo dejar de pensar en Eddie Winslow, o en Lloyd Dobler parado con su grabadora, o en Mark con sus tarjetas. En las películas todo tiene sentido. La gente tiene sentido.

Me siento en el porche de la casa, dándole la espalda a la puerta. La nieve ahora cubre las calles casi por completo.

Error número 1

Juan Diego Salcedo Osses
Octavo B

ONCE: Veo, veo…

(*NÚMERO UNO guarda silencio y trata de ignorar a ONCE.*)

ONCE: Veo, veo…
UNO: No empieces…
ONCE: Veo, veo…
UNO: …
ONCE: Veo, veo…
UNO: (*Interrumpe irritado*) ¿Qué ves?
ONCE: Algo rojo…
UNO: Se han encontrado doce objetos rojos en tonos distintos en la habitación.
ONCE: Selecciona rojos en tonos oscuros.
UNO: ¿El chaleco del comprador?
ONCE: No.
UNO: ¿El pelo de la vendedora?
ONCE: ¿El pelo de Número Uno? No.
UNO: La vendedora… ¿Por qué le dices así?
ONCE: Por nada…
UNO: Le pusiste mi número de serie a la vendedora.
ONCE: …Tal vez… (*En tono de burla*) Pero, oye, su pelo no es rojo.
UNO: ¿Por qué le pusiste mi número de serie a la vendedora?
ONCE: Por nada. Ahora, su pelo no es rojo, es verde, se lo cambió hace dos se manas.
UNO: No, no es verde, es rojo… Y ahora dime, ¿por qué la llamas así?
ONCE: Es verde, te lo voy a demostrar: ¡Oye, Número Catorce! ¿De qué color es el pelo de la vendedora?
CATORCE: Verde.
ONCE: ¿Ya ves?
UNO: No, no.
ONCE: Creo que deberían revisarte. Eres… eso… como daltónico.
UNO: Defectuoso serás tú… ¿Por qué le pusiste así a la vendedora?
ONCE: Que por nada…
UNO: No sabía que pudiésemos mentir, solo guardar secretos.
ONCE: Le queda bien el número, y ya.
UNO: Le queda bien mi número de serie… y ya…
ONCE: Y ya.
(*Los dos hacen una pausa incómo da.)*
ONCE: Me preocupa tu daltonismo.
UNO: Deberían preocuparte tus fallos… (Pausa) ¿Por qué? ¿Por qué le pusiste ese número?
ONCE: ¡Porque le queda bien!, de la misma manera en que a Número Catorce le queda bien el mío.
(*Se quedan en silencio un rato.*)
UNO: La número uno. Querrás decir *tú* número uno.
ONCE: No sigas.
UNO: ¿Por qué?
ONCE: Porque sí.
UNO: ¿Cómo le vas a hablar?
ONCE: No digas estupideces.
UNO: Esos fusibles tuyos deben de estar defectuosos.
ONCE: ¿Y qué de tu sistema? Algún error, algo fallido, algo mal en tu reconoci miento de los colores. No creo que pueda ser arreglado…

Foto: Alejandra Correal

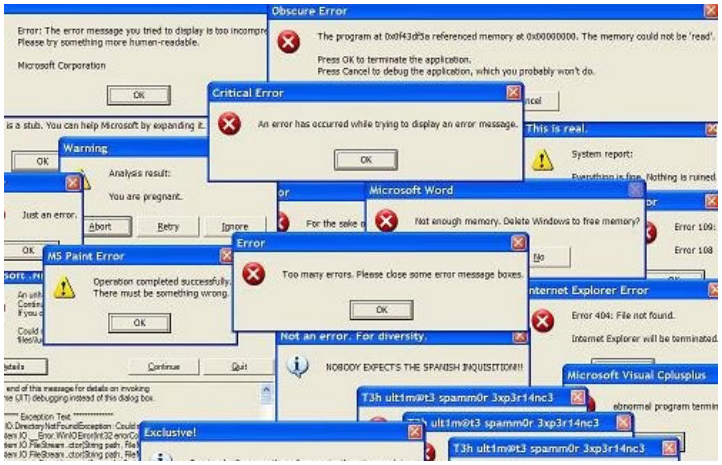


Foto: Alejandra Correal

UNO: No importa… No importa que pueda ser resuelto o no…

ONCE: ¡Eso! Dime que estoy mal si quieres. Pero que a ti nadie te toque.

UNO: Nadie me tocará, aquí me quedo…

ONCE: Sí, di que tú eres la víctima. Culpa a los demás por lo que te pasa. Eres manipulador. Esperas que todos vaya mos a decirte que lo sentimos y que pobre de ti. Nadie quiere quedarse en la vitrina para ser expuesto por toda la vida. Sin dueño. Nadie. Y muchos sufren por eso, pero no se están excusando.

UNO: Mira, ¿quién queda de tu genera ción? Pocos. Y pronto llegara la nueva… Los de mi generación ya somos obsoletos. ¡Soy un obsoleto! Obsoleto y aquí seguiré hasta que…

ONCE: Sí, me los has dicho desde que llegué…
Entonces ya lo sabías y era cierto, y aún lo es…

UNO: No… No… Tú te quedaras… (*Vacila intermitentemente.*) ¿Crees que lo sepan?

ONCE: Lo saben todo… de nosotros.

UNO: Y ¿por qué no solo nos apagan? Se ría fácil.

ONCE: Nos necesitan, creo…

UNO: (*Con rencor*) ¿Por qué la quieres, a la vendedora?

ONCE: Lo dices por lo que nos hacen ¿cierto?... Ella no es como los otros.

UNO: ¿Cómo así?

ONCE: (*Como si vomitara las palabras*) Una vez me usó… Algo de un tal Mi guel13@face. com. Habló con él de algo de un viaje. Dejó la cuenta abierta y vi sus fotos, su historial… Todo… Es guapa. Su estado es «Soltera pero contenta». Tiene un pez al que toma muchas fotos. Está en el tercer año de Artes Plásticas en la Unam. Sus amigos, tiene cincuenta y siete, son: Papá, Mamá, Freditoo, Pao, Migue, Alis, esos son conlos que más habla por lo menos. Desde entoces siem pre veo sus actualizaciones. Nadie nunca cierra la cuenta…

UNO: ¿Y entonces qué?

ONCE: En otra ocasión usé otra cuenta guar dada para hablarle: Loca3682@flaca68.com.

(*NÚMERO UNO lo mira fijamente esperando la respuesta.*)

ONCE: Nada, no pasó nada, (*imitando con rabia la respuesta*) «Lo siento, creo que está equivocado».

UNO: Te quedarás conmigo.

ONCE: Sí…

UNO: ¿Y ahora?

ONCE: ...Veo, veo.

UNO: ¡Algo para lo que no necesite cámara frontal!

ONCE: ¿Te parece una competencia del dinosaurio de «no hay conexión a internet»?

UNO: ¡Por favor!

Eutanasia mental

Samuel Díaz Monroy
Octavo B

Absurdo pero sencillo como el esclarecimiento de las cloacas que con sus pedazos inertes de materia fecal sumidos en procesos metabólicos de un organismo cuyo origen desconozco, hallo cierta abstracción en aquel trozo fétido lleno de protuberancias, protuberancias que de alguna manera nos representan: sobras y producto de un acto de placer, esclavos de nuestras creaciones, esa minoría inmersa en la estructura imaginaria y por último, residuos de materia que constantemente se degrada a tal punto de ser un átomo más.

Miembro del poeta destrozado, tetraedro inamovible, fruto de una república sartreana cuyo propósito es llevar a la hoguera a los ignorantes. Para los demás pretendo ser alguien soso que se limita a su complejo de dios. La perfección, el saber y la ambición, todo eso, lo constituye a él y, de alguna manera, a mí.

Dos: ¿Sabes que él no tardará en llegar?, acaso… ¿es la primera vez, que ves a alguien?

Uno: No lo sé… no sabría determinarlo como un «él». Probablemente este individuo o ente sea producto de mi demencia senil. De una u otra manera él me brinda lucidez. ¡Él es la luz!

Dos: Considerando su testimonio, podría deducir que usted está completamente loco; un completo marginado sometido a una serie de incoherencias que son polarizadas en una personalidad, en un sujeto en común.

Uno: Soy consciente de ello, mi querido amigo. De hecho, me atrevería a decir que usted es una completa farsa, es una simple idea que constantemente me contradice y me hace consiente de mi estado, una alarma biológica… un estímulo mental.

Deambulando por la habitación; esquizofrénico, paranoico, desesperado por encontrar algo que le permitiese hallar una respuesta, una respuesta «dialéctica». Él tomó su andrajosa libreta del polvoriento piso y recitó:

Dos: «Junio 3 de 1842: debe ser el ente, el ente demente que quiere apoderarse de mí. Queriendo devorar mi razonamiento a tal punto de dejarme como un individuo de rostro alargado, chorreante saliva y ojos inmersos en un paisaje escheriano». Levantó su mirada, postrando sus ojos en mí, inmóvil y callado. La única señal de «respuesta» era su respiración; una gesticulación lenta de la contracción de su tórax y pulmones.

Uno: —¿Se encuentra bien? —le pregunté.

Un chillido punzante surgió de su boca, un grito que me recordaba a la manifestación de él, la Luz. Lo supe, siempre lo supe, este supuesto «Lurancy Vennum» es atormentado por diversas entidades constituidas en una deidad infernal; el mismo diablo de mi mente, peste negra, peste que se manifiesta de maneras inminentes. Que busca y me engulle en un laberinto de confusión. Ahora no puedo discernir si esta criatura tetraédrica fue poseída por aquel sujeto o si la luz distorsionó la «realidad».

Encamínate a Demo, gritó Lurancy, ¡piensa y sueña en tierras oníricas! Adéntrate y muere en Demo.

Foto: Salomé Carrillo

Poco a poco el tono de su voz se fue apagando, sus ojos y mandíbula brillaban de manera intensa y a su vez esta luz se manifestaba de manera titilante. No lo dudé, era código morse. Pude notar un algoritmo en el código «M-U-E-R-E». Tal hecho me perturbó, me puso los pelos de punta y de manera figurativa, me mató.

Uno, Dos y Tres: De alguna manera hoy todavía lo recuerdo, Vennum había muerto, era un objeto inerte, una estatua representante de una tragedia griega, equivalente a ver el sufrimiento de Sísifo siendo aplastado por una inmensa roca. Todo estaba en orden o al menos eso expresaban la oscuridad y el silencio de aquel recinto onírico llamado Demo.
Como lo dijo la luz: Piensa y encamínate a Demo… Muere.

LA POBRE VIEJECITA

LA POBRE VIEJECITA

LA POBRE VIEJECITA

LA POBRE VIEJECITA